RAFAEL LÓPEZ DE HARO

UNA CONQUISTA DIFÍCIL

OMEDIA
TRES ACTOS

La Farsa

0 cénts. 17

Cubierta

de

este

número:

María Guerrero

y

Fernando Díaz de Mendoza

protagonistas

de

Una conquista difícil

RAFAEL LOPEZ DE HARO

UNA CONQUISTA DIFICIL

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada el día 28 de Abril de 1931, en el Teatro Español.

DIBUJOS DE

ANTONIO MERLO

LA FARSA

AÑO V | 3 DE OCTUBRE DE 1931 | NÚM. 212

MADRID

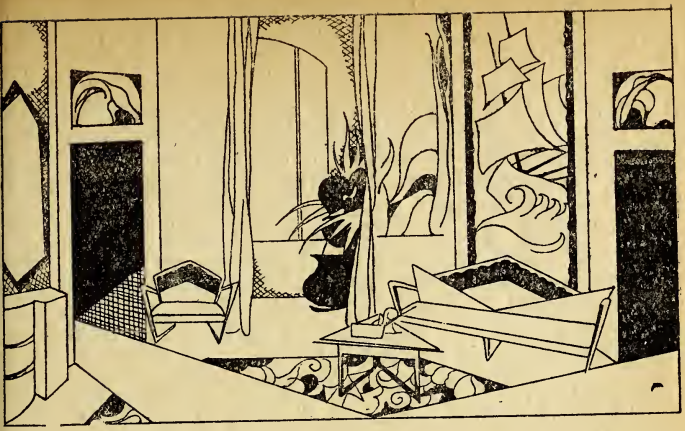
REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Luisa	María Guerrero.
Gervasia	María Valentín.
La Doncella	Rosario García Ortega.
Jaime	Fernando Díaz de Mendoza.
Mariano	Francisco Fuentes.
Don Juanito	José Capilla.

En Biarritz. Epoca presente.

ACTO PRIMERO

669935



Gabinete muy moderno y muy lindo en una residencia de lujo. Biarritz. Durante una mañana de agosto.

(*Nadie en escena al subir el telón. En seguida salen LUISA, GERVASIA y la DONCELLA.*)

GERVASIA.—(*Unos cuarenta y cinco años, ni criada ni señora.*) ¿Qué te dejaste olvidado? ¿Qué te falta?

LUISA.—(*Unos veintidós años. Elegantísima. Mientras contesta distraídamente a Gervasia, le va entregando a la doncella la sombrilla, los guantes, el sombrero, etc.*) No se me ha olvidado nada.

GERVASIA.—¿Cómo? ¿Es que ya estás de vuelta?

LUISA.—Ya estoy de vuelta, sí.

GERVASIA.—Pues no son las doce todavía.

LUISA.—No lo sé.

GERVASIA.—¿No has nadado hoy?

LUISA.—No.

GERVASIA.—Y tampoco habrás tomado el baño de sol.

LUISA.—Tampoco.

GERVASIA.—Ni has ido a la terraza.

LUISA.—(*Ha terminado de entregarle cosas a la doncella.*) No:

tampoco he ido a la terraza. No hice más que dar un vistazo a la playa y venirme a casa.

GERVASIA.—¡Hum!...

LUISA.—No tenía hoy ganas de nadar. (*Se sienta con cierto desaliento, preocupada, saca de su pitillera minúscula un cigarrillo egipcio y lo enciende con su diminuto encendedor. Entre tanto Gervasia la mira meneando la cabeza y la doncella permanece como embobada.*)

GERVASIA.—(*A la doncella, bruscamente.*) ¿Eh? ¡Tú! ¿Qué esperas?

DONCELLA.—¡Oh!... Pues esperaba por si la señorita me tiene algo que mandar.

GERVASIA.—Esperabas para enterarte de lo que no te importa.

DONCELLA.—¡Señora Gervasia!

GERVASIA.—(*A Luisa.*) ¿Tú oyes esto? "Señora Gervasia"... ¡No lo puedo resistir!

DONCELLA.—¿Cómo quiere usted que le diga? ¿Señora nada más?

GERVASIA.—No tanto.

DONCELLA.—¿Gervasia a secas?

GERVASIA.—Ni tan poco.

DONCELLA.—Pues no sé entonces.

LUISA.—La chica tiene razón. ¿Cómo te va a llamar?

GERVASIA.—Cuando tú me nombras entre extraños, ¿cómo me llamas?

LUISA.—Por costumbre te digo "mi nodriza" o más frecuentemente "el ama".

GERVASIA.—(*A la doncella.*) ¿Has oído? El ama.

LUISA.—(*Con sorna.*) El ama... Bueno.

GERVASIA.—Y ahora, ¡vivo! ¡A tu obligación!

LUISA.—Espera.

DONCELLA.—Señorita...

LUISA.—Va usted al despacho y sin que mi padre se entere, le dice usted a don Juanito que haga el favor de venir, que necesito hablar ahora mismo con él.

DONCELLA.—(*Encantada por la índole del recado.*) ¿Sin que se entere el señor? Descuide, señorita. Yo esas cosas... discretas... la hago muy bien.

LUISA.—Pues vaya.

DONCELLA.—En seguida. (*Al cruzar para el mutis.*) Con su permiso, ama. (*Mutis.*)

GERVASIA.—Si sigue con el retintín la despido.

LUISA.—Déjala, mujer. Algunas veces se pasa de lista, pero es buena muchacha.

GERVASIA.—Es envidiosa, me tiene envidia... por todo.

LUISA.—Déjala. (*Fuma lanzando volutas de humo que contempla. Tal vez silba, con silbido fino, una canción en boga.*)

GERVASIA.—Hum, hum... A mí no me la das. ¿Qué has visto en la playa? ¿Por qué has vuelto tan pronto? ¡Mal rayo me parta! ¿Qué has visto?

LUISA.—Un tiburón.

GERVASIA.—Algo peor que eso. Has visto a esa mala mujer, que permita Dios que le den viruelas negras para que deje de ser la perdición de un hombre de bien.

LUISA.—Si me fuese a retirar de la playa cada vez que la veo, podía ahorrarme el trabajo de ir. Desde que me la descubriste la veo en la playa, y en el Casino, y en todas partes. En todas partes está.

GERVASIA.—Y antes también. Si no que como no la conocías no te fijabas. Ella pasa muchas veces cerca de ti y te estudia y se fija. No sé para qué. ¡No sé cómo se atreve a levantar hasta ti los ojos..., que un cuervo se los saque!

LUISA.—Ella cree que no la conozco y me observa por curiosidad.

GERVASIA.—Te odia. ¿No lo comprendes?

LUISA.—Es posible que me odie. Le estorbo.

GERVASIA.—¿Tú? ¿Por qué?

LUISA.—Porque existo. Si yo no existiera mi padre sería completamente libre. Viudo y sin hijos... Por de pronto no la vería a escondidas para evitar el escándalo, y, además, estando tan ilusionado y ciego como está él... ¿Quién sabe lo que ella podría conseguir?

GERVASIA.—¡Y te deseará la muerte esa bribona!

LUISA.—Puede ser. Aunque yo creo que se contentará con desearme el matrimonio.

GERVASIA.—En eso pensaríamos igual.

LUISA.—Los tres. Mi padre también tiene muchos deseos de... colocarme.

GERVASIA.—Es la hija.

LUISA.—Bueno. Pues yo no quiero ni hablar de tal cosa. ¡Ni hablar! Y además yo no abandonaría a mi padre, yo nunca le dejaría el tiempo libre a esa aventurera.

GERVASIA.—¡Mala peste le dé y la carne se le pudra!

LUISA.—Una carne muy pecadora, pero muy bonita, Gervasia,

reconozcámoslo. Tiene un tipo precioso. En m'llot es una figura perfecta. Y ahora, tostada como está, acanelada, con su pelo negrísimo, sus ojazos de gitana y sus dientes de loba... ¡Es estupenda! Yo me explico que mi padre se derrita.

GERVASIA.—¡Criatura!

LUISA.—La verdad digo. Es la mujer más hermosa de la playa. Y luego, como viste tan elegante...

GERVASIA.—Con el dineral que le cuesta a tu padre podía vestir mal.

LUISA.—No basta disponer de dinero, Gervasia. Hay que tener buen gusto, instinto de la elegancia. Y ella lo tiene.

GERVASIA.—¡Vamos! ¡Que es una perla!

LUISA.—Y tanto. Como que yo creo que siendo honrada le hubiera ido mucho mejor.

GERVASIA.—¿Y no vas a intentar nada?

LUISA.—¿Qué puedo intentar yo?

GERVASIA.—Y el lío sigue y no sabemos adónde nos llevará a parar. ¡Maldita sea mi suerte! Permita Dios que...

LUISA.—No maldigas más, Gervasia. ¡Es demasiado!

GERVASIA.—Punto en boca..

(*Un silencio.*)

LUISA.—Tarda don Juanito. Nati no habrá tenido ocasión de darle mi recado.

GERVASIA.—Si le ha cogido leyendo uno de esos libros de psicoanálisis no hallará cuando dejarlo para venir. Está guillado completamente. ¿Sabes lo que me han dicho? Que le escriba los sueños que tenga y que él me dirá luego lo que quieren decir. Yo le he contestado que hace más de diez años que duermo tranquila y cuando antes no dormía tranquila, demasiado sabía yo por qué.

LUISA.—A mí también me ha pedido que le escriba mis sueños. ¡Ay..., no es posible!

GERVASIA.—¡Claro!

LUISA.—Pero es un pobre hombre. Tú haces mal en hablarle como le hablas de su mujer.

GERVASIA.—¡Semejante harpía! Le ha consumido la vida al infeliz. Por que has de saber que aquello de que le pegaba no era un cuento. ¡Le pegaba!

LUISA.—¿Es posible?

GERVASIA.—Por cualquier cosa. Le pegaba con los zorros, con la escoba y no le pegaba ya con los propios bastones del pobre-

cito porque él dejó de comprarlos. Le pegaba cada tunda que lo dejaba morado y blando como una breva.

LUISA.—¡Pobre don Juanito! ¡Como una breva!

GERVASIA.—Pero ahora, ese basilisco, las va a pagar todas juntas, que del mal que ha cogido dicen que no sale.

LUISA.—Creo que está enferma del corazón.

GERVASIA.—Sí, eso he oído yo decir: mal de piedra.

LUISA.—Eres terrible, Gervasia.

GERVASIA.—¿Y para qué llamas a don Juanito? Para preguntarle...

LUISA.—Claro. Necesito saber a qué atenerme y hoy mismo sabré.

GERVASIA.—No conseguirás nada. No hablará. Más que he procurado yo sonsacarle... Pero le guarda los secretos a su jefe, ¿Ves tú lo fiera que es su mujer? Pues estoy segura de que ella tampoco le sacaría una palabra.

LUISA.—A mí me es lo mismo.

GERVASIA.—Pues ¡hala con él! Aquí le tienes. (*Sale a escena DON JUANITO. Más de cincuenta años. Tipo de oficinista a treinta leguas. Hombre ensimismado y poca cosa.*)

DON JUANITO.—Buenos días.

LUISA.—Buenos días, don Juanito.

GERVASIA.—Sin noticias de su mujer, ¿eh?

DON JUANITO.—(*Que no sabe disimular su contento por la falta de noticias.*) Sin ninguna, Gervasia, sin ninguna noticia.

LUISA.—¿Sigue en el sanatorio?

DON JUANITO.—(*Como antes.*) Sí; allí continúa. No podrá salir en algún tiempo.

LUISA.—¿Y qué dicen los médicos?

DON JUANITO.—(*Lo mismo.*) Su enfermedad es grave, que puede... descansar en el momento menos pensado. (*Con espanto que no sabe disimular.*) ¡Pero puede vivir así mucho tiempo!

GERVASIA.—Hay que confiar en la misericordia de Dios.

DON JUANITO.—En ella confío, Gervasia, en ella confío.

LUISA.—Tengo que hablar con don Juanito, Gervasia. Déjanos.

GERVASIA.—Ya me voy. (*A don Juanito.*) Pues que sea lo que más convenga. (*Al mutis para sí.*) Y que sea lo peor si no hablas ahora..., Juanito... ¡Juan Lanas! (*Mutis.*)

LUISA.—Siéntese, don Juanito. Tengo algo que decirle.

DON JUANITO.—(*Sentándose nimado.*) ¿Algún sueño? Alguna premonución? Venga, venga. Sepamos.

LUISA.—¡Me da miedo!

DON JUANITO.—¡Bah! No hay que atemorizarse por tan poco. Existe en nosotros mismos, es verdad, un espíritu maravilloso, un otro yo de dimensiones inconmensurables. "El huésped desconocido" de que nos habla Maeterlink. El es el que vive nuestros sueños y a veces, valiéndose de una corazonada, de un ruído sin origen, o más frecuentemente, de una visión, nos avisa los acontencimientos futuros... Al principio este huésped desconocido nos asusta. Pero luego se familiariza uno con él. El y yo; es decir, yo y mi yo; yo y mi espíritu subconsciente, somos dos buenos amigos. ¡Bromeamos y todo...! "¡Hola!—le digo—veamos qué significa el que esta noche pasada me hayas hecho soñar con toros negros..."

LUISA.—¡Ay, don Juanito! Yo tomaba poco en serio sus cosas de usted, sus estudios. Pero me voy convenciendo que son verdad.

DON JUANITO.—Persuádase usted de que tiene una desconocida vida interior. Sí, Luisa, sí. Yo la miro a usted y presiento que está oculto tal vez lo más hermoso de su ser.

LUISA.—No entiendo de eso. Lo que sí sé decirle es que veo el porvenir.

DON JUANITO.—No me extrañaría. Ya le tengo dicho que he descubierto en usted facultades extraordinarias; que usted llegará fácilmente, si se lo propone, al desdoblamiento.

LUISA.—¿A estar en dos sitios a la vez? Me gusta.

DON JUANITO.—Confíe en ello y explíqueme. ¿Ha hecho usted alguna nueva observación? ¿Alguna nueva prueba?

LUISA.—Una prueba concluyente que me ha causado espanto, don Juanito.

DON JUANITO.—A ver, a ver. Analicemos.

LUISA.—Usted sabe que mi nodriza, Gervasia, tiene la mala costumbre de maldecir.

DON JUANITO.—¡Mala costumbre!

LUISA.—Y como todo se pega menos lo hermoso, a mí, a fuerza de oírla, se me ha pegado esa mala costumbre. Y alguna vez, sin pensarlo, suelto una maldición.

DON JUANITO.—Procure evitar eso.

LUISA.—¡Oh! No lo haré más. Esté usted seguro. Porque..., ¡es espantoso, don Juanito!, hoy he comprobado que mis maldiciones... ¡se cumplen!

DON JUANITO.—¿Cómo?

LUISA.—¡Se cumplen, don Juanito! ¡Sólo a usted se lo cuento! Verá usted. Ayer, mientras yo me bañaba en el mar, un hombre me miraba obstinadamente con sus gemelos prismáticos.

DON JUANITO.—Un hombre de muy buen gusto.

LUISA.—¡Don Juanito!

DON JUANITO.—Continúe.

LUISA.—Me seguía con sus gemelos y para verme mejor avanzaba, avanzaba. Los chiquillos habían hecho en la playa hoyos profundos.

DON JUANITO.—El subconsciente troglodita de los niños. Siga usted.

LUISA.—Yo observaba que aquel hombre se iba acercando y que ya no podía yo salir del mar sin que él me viese mejor de lo que yo quisiera.... hasta sin prismáticos. Me molestó la insistencia del desconocido y... se me escapó una maldición. Dije: "Así pongas un pie en falso y te caigas". ¡Ay, don Juanito! No lo había acabado de decir, o pensar, cuando, ¡cataplum!, mi hombre hincaba las narices en la arena.

DON JUANITO.—Es un hecho curioso. Tomémosle en cuenta, pero sin deducir nada todavía. Pudo ser una sencilla casualidad.

LUISA.—Eso pensé yo. Pero, ¡ay!..., esta mañana...

DON JUANITO.—¿Otro hecho?

LUISA.—Cuando yo llegué a la playa, el desconocido estaba en el mar remando, en una de esas canoas de lona que alquilan los bañeros. Comprendí su estratagema. Puesto que ayer aproveché su caída para escaparme sin que me viese, hoy me esperaba en el mar. Desistí de bañarme y contrariada... dejé escapar otra maldición. Dije: "Así te tumbe una ola".

DON JUANITO.—¿Y qué?

LUISA.—En el mismo instante una ola le hizo dar la vuelta.

DON JUANITO.—¡Y se ahogó!

LUISA.—No. Sabe nadar. Pero fíjese usted: yo no había dicho o pensado "Así te ahogues", sino solamente: "Así te tumbe una ola".

DON JUANITO.—Son dos hechos. Si el fenómeno se repite habrá que pensar que, en efecto, ve usted el porvenir. Porque usted no habló o pensó para que el desconocido se cayese y la ola lo tumbara; usted habló o pensó porque esas cosas iban a suceder. No fueron maldiciones, fueron profecías. ¡Es interesantísimo!

LUISA.—(*Un gesto que valga por este aparte*: Ya eres mío.) ¿De modo que yo... veo el porvenir?

DON JUANITO.—Así parece, así parece.

LUISA.—(*Con un terror cómico.*) ¡Que miedo!

DON JUANITO.—No hay que asustarse, no.

LUISA.—Es que si yo adivino el porvenir, puede ser cierto lo

que esta noche, no sé si soñando o despierta, si a duermevela nada más, he visto claramente. No se trata de incidentes menudos como esos de la playa. ¡Se trata de algo espantoso, don Juanito!

DON JUANITO.—(*Con avidez, completamente entregado a la habilidad de Luisa.*) ¿De qué? ¡Diga!

LUISA.—Me he visto a mí misma, llorosa, vergonzanta... ir a empeñar mis mantones de Manila; ir a empeñar las joyas de mi madre... ¡Por que me encontraba sola, y pobre, y no tenía qué comer!

DON JUANITO.—¿Ha visto usted eso?

LUISA.—Mi padre, para no perder el amor, o lo que sea, de una mujer mala, se había arruinado, había dispuesto del dinero de su socio y había tenido que huir dejándome en la miseria. ¡Yo estaba dudando ya entre vender mi juventud... o vender periódicos!

DON JUANITO.—¡Es tremendo!

LUISA.—Me le encontré a usted en la calle y le dije: "Don Juanito: usted que estaba en la casa antes de nacer yo; usted que me tuvo en sus brazos y en sus rodillas...; ¡usted que me enseñó a jugar a las damas!..., fué finalmente muy malo para mí, porque siendo el empleado más antiguo, el hombre de confianza de mi padre, no me avisó a tiempo, no me dijo nada cuando aún el desastre se pudiera evitar. ¡Usted fué un hipócrita que se lo calló todo! Eso le decía yo a usted. Y usted, confundido, me quiso dar unas monedas y yo... ¡Se las tiré a la cara!

DON JUANITO.—¡De ningún modo! Lo que usted ha visto no sucederá. Yo hablo. ¡Es mi deber! Sí, Luisa, es verdad: su padre tiene una amiga, una mujer insaciable capaz de fundir los tesoros de Creso. Por ahora no está arruinado su padre de usted; pero lo estará sin tardar mucho al paso que lleva. Si al socio de pronto se le ocurre pedir un balance exacto, un arqueo, no sé lo que sucedería. Las cuentas están muy embrolladas. ¡Esta es la verdad!

LUISA.—(*Abandonando el tono dramático espontánea.*) Gracias, don Juanito. Gracias. (*Le da un abrazo.*)

DON JUANITO.—Es usted valerosa.

LUISA.—(*Sincera.*) Es que... sí creo que veo el porvenir, porque en este momento tengo la corazonada, el aviso, de que no sucederá nada; de que se evitará la ruina. No sé cómo; pero se evitará. Desde luego no será necesario que yo haga un ma-

trimonio de conveniencia; no será necesario que engañemos a un hombre que viene fiado en encontrar aquí otro tanto capital. Y que, sobre todo, precisamente, porque viene a eso, a sumar dos fortunas, no me ha gustado. ¡Creo que no le llegaría a querer nunca!

DON JUANITO.—¿A quién, Luisa?

LUISA.—(*Que vuelve a tomarle el pelo a Don Juanito.*) A él, a Jaime Uria, al hijo del socio de mi padre.

DON JUANITO.—¡Pero si no le conoce usted!

LUISA.—Le siento acercarse. Se va a presentar en casa de un momento a otro.

DON JUANITO.—¿Sin avisar?

LUISA.—Hoy mismo lo veremos.

(*Vuelve la DONCELLA.*)

DONCELLA.—(*Que trae una tarjeta en una bandeja.*) Señorita: este señor pregunta si le puede usted recibir.

LUISA.—Vea usted quién es, don Juanito.

DON JUANITO.—(*Leyendo la tarjeta.*) "Ricardo Uria". ¡Es pasmoso!

DONCELLA.—Es muy simpático.

LUISA.—Dígale que sí, que con mucho gusto.

DONCELLA.—Y en cuanto la señorita lo vea, con mucho más.

LUISA.—Anda, anda, Nati.

DONCELLA.—(*Al mutis.*) Esto se anima.

(*Mutis.*)

DON JUANITO.—¡Estoy maravillado! ¡Usted es Casandra! ¡Ve usted el porvenir! Por favor, en este momento aproveche su estado de vidente. Desdóblese. Al Sanatorio. Dígame. ¿Mi mujer?...

LUISA.—No puedo ahora, don Juanito. No veo más.

DON JUANITO.—Otra vez será. Adiós, Luisa. (*Al mutis.*) ¡Y ahora que tomen a chufla estas cosas tan serias los ignorantes! (*Mutis.*)

LUISA.—(*Sola.*) El. Ya puedo recibirle. Ya estoy preparada.

(*Sale a escena JAIME.*)

JAIME.—(*Unos veintiocho años, atrayente, elegante.*) Mis respetos, Luisa...

LUISA.—Bien venido, Jaime.

JAIME.—¿Sabía usted quién era yo?

LUISA.—Desde que le ví, hace tres días, en la playa. Le re-

inmediatamente por los retratos. Su padre nos mandaba muchos, muchos retratos de usted.

JAIME.—A mí me sucedió lo mismo. La distinguí a usted, entre todas, al primer golpe de vista. Su padre nos mandaba también, muchos, muchos retratos de usted.

LUISA.—Por supuesto.

JAIME.—Así pues, sin habernos visto en realidad hasta ahora...

LUISA.—Somos conocidos antiguos. Estoy informada de su vida de usted, de su carácter, de su carrera, de sus viajes, de sus aficiones.

JAIME.—Poseo de usted noticias equivalentes.

LUISA.—Todo eso nos ahorra explicaciones. Siéntese, Jaime.

JAIME.—(*Sentándose.*) Gracias. Luisa.

LUISA.—No le esperábamos. Me ha sorprendido usted.

JAIME.—Le diré...

LUISA.—No me diga, que va usted a mentir y entre nosotros no quiero más que la verdad, la pura verdad. Usted no se ha presentado hasta tenerme bien vista, bien examinada. Lo apruebo. Yo también me he aprovechado estos días para examinarle a usted detenidamente.

JAIME.—La verdad escueta entre los dos. Acepto el trato. En cuanto a mi precaución de verla a usted bien vista antes de presentarme en esta casa, es cierta. Los retratos, y hasta las películas, mienten.

LUISA.—Lo mismo digo.

JAIME.—El objetivo no puede copiar...

LUISA.—Permítame. Nada de vaguedades tampoco. Me parece lo mejor que aclaremos la situación desde el primer momento. ¿Está usted conforme?

JAIME.—Nada más de acuerdo con mi modo de ser.

LUISA.—Hombre de acción, en pocas palabras.

JAIME.—El tiempo es oro.

LUISA.—Aunque se trate de hombre y mujer.

JAIME.—Con más razón. Tratándose de hombre y mujer, luego se siente mucho el tiempo perdido.

LUISA.—Es mejor llegar y...

JAIME.—Eso...; llegar y...

LUISA.—(*Rápida.*) Y resolver.

JAIME.—(*Rehaciéndose de este primer fracaso.*) Y resolver.

LUISA.—Lealmente, libremente.

JAIME.—(*Dispuesto ya a lo que venga.*) Libremente.

LUISA.—Vamos a ello. Nuestros padres negocian hace muchos años en sociedad. Mi padre compra aquí, en Europa, y el de usted vende allá, en Sudamérica. Se repartieron así el trabajo. Por eso ustedes viven allá y nosotros aquí.

JAIME.—Lo que fué un acierto. Su padre es un comprador habilísimo.

LUISA.—Y el suyo un distribuidor inmejorable.

JAIME.—El negocio, magnífico.

LUISA.—Luego hablaremos de eso. Antes hablemos de nosotros mismos, si a usted le parece.

JAIME.—Me parece muy bien. Vengo decidido a...

LUISA.—Dispense. Quiero hablar yo antes.

JAIME.—Perdone, pero tratándose de nosotros mismos...

LUISA.—¡He de hablar yo!

JAIME.—Es porque yo quisiera...

LUISA.—(*Inapelable.*) ¡Jaime! Esos golpes de audacia para los negocios. Ya sé que es usted rápido y certero en una conversación comercial. Sorprende usted al adversario y le arranca una oferta. Pero aquí es diferente. Cuando una señorita lo desea, se le cede la vez y no se insiste.

JAIME.—Bien, bien. Perdóneme. Y usted tiene la palabra.

LUISA.—Y digo: nuestros padres tienen, yo creo que desde que yo nací, convenido nuestro matrimonio; así han criado el uno para el otro; nos han hablado siempre al uno del otro; han pretendido hacernos creer que, eso, nuestra vida, era una cosa tan natural como salirnos los dientes. Se han propuesto inculcarnos que somos la única pareja en el mundo. De ahí el cruce de fotografías y de noticias minuciosas de nuestra educación, de nuestro temperamento, de todo. Yo hasta sé la estatura y el peso de usted. Estatura: un metro setenta. Peso: sesenta y seis kilos.

JAIME.—Conozco de usted los mismos detalles. estatura: un metro sesenta y seis centímetros; peso: sesenta y tres kilos.

LUISA.—Ahora, con los baños de mar, he bajado algo.

JAIME.—Yo he ganado en la travesía dos kilos más. La vida de a bordo...

LUISA.—Anotaré la variación.

JAIME.—¿Piensa usted seguir coleccionando pormenores?

LUISA.—Hasta el día de hoy, cuando nos vimos. Escribiré al pie de la última carta de su padre: Jaime pesaba dos kilos más y yo dos menos. El más pesado, yo más ligera.

JAIME.—Nuestros padres...

LUISA.—Creían de buena fe que estaban guiando nuestros corazones. Olvidaban que el amor, como la luz, entran por los ojos.

JAIME.—Es verdad. Mientras nosotros no nos viésemos y nos tratásemos...

LUISA.—A mí no me hace falta tratarle a usted. Me ha bastado verle para sentir y para saber... que no me casaré con usted aunque me lo manden.

JAIME.—(*Recibiendo el golpe con dolor, pero con imperturbable serenidad.*) Eso es mucho decir, Luisa.

LUISA.—Es la verdad, Jaime. Reconozco que es usted simpático, muy simpático; buen tipo, buenos modales, buenos ojos, buen pelo, dientes limpios, estatura proporcionada a la mía...; reconozco que no haríamos mala pareja. En cuanto a su modo de vestir no me disgusta. Un poco demasiado chillonas las corbatas de mañana... Agradable en conjunto. Muy limpio me parece usted.

JAIME.—Va usted dándole al tema un tono de broma...

LUISA.—(*Seria.*) Espiritualmente le reconozco grandes cualidades, y como carácter es muy bastante para saber que el suyo es bueno, poco propicio a alterarse, la tranquilidad con que me está usted oyendo. Su mujer de usted puede ser feliz. Me parece usted fuerte, enérgico, pero comprensivo e indulgente a la vez. El ideal.

JAIME.—Gracias...

LUISA.—En resumen: no tengo ningún reparo que ponerle. Pero no es usted mi tipo. No. Resueltamente, no. ¿No hubo flechazo? Pues no habrá nada. El hombre de quien yo me enamore me ha de impresionar instantáneamente. Mi corazón es como una placa fotográfica que o toma la imagen en un setenta y cinco de segundo, o no la toma. Cuando yo me enamore ha de ser así: ¡Zas! Verle y estar ya hecha una criba.

JAIME.—Se lo dije a mi padre: "Lo que habéis hecho va a resultar contraproducente. La fe se inculca; el amor no. Sin embargo—añadí—voy a Europa."

LUISA.—Luego, usted, por su parte...

JAIME.—(*Impasible.*) No tengo nada que oponer a las palabras de usted.

LUISA.—Tampoco yo soy su tipo de usted. ¡Dígalo, hombre!

JAIME.—Es usted... muy original.

LUISA.—Dígalo, hombre. ¡Si en este caso es una galantería!

JAIME.—Yo esperaba, Luisa; yo venía... dispuesto a enamo-

rarme de usted. Y no sé lo que hubiese sucedido. Soy un temperamento rebelde y bastaba que se pretendiera imponerme un matrimonio de conveniencia para...

LUISA.—¡Ya lo ha dicho usted! Gracias. Ya estamos fuera de todo compromiso. ¡Al pelo!

JAIME.—Conste que ha sido usted.

LUISA.—Hombre... Me correspondía. No iba a esperar a que me diese usted las calabazas.

JAIME.—Evidentemente. Resulta, después de todo, deliciosa su franqueza de usted. Es usted muy agradable, Luisa.

LUISA.—¡Y usted! Eso, sí; buenos amigos sí vamos a serlo.

JAIME.—¡Ya lo somos!

LUISA.—Por su parte... ¿no hay un poquito de rencor? ¿De amor propio humillado?...

JAIME.—Hay una profunda gratitud a su noble sinceridad de usted... ¡Quisiera probárselo! Haría por usted... lo que por una hermana.

LUISA.—¡Hasta buscarme novio!

JAIME.—Eso, no. Usted debe esperar..., ¡zas!, la instantánea.

LUISA.—Estoy muy contenta. ¿Nos tuteamos?

JAIME.—Como quieras.

LUISA.—Encantada. Un pitillo. (*Se lo ofrece.*)

JAIME.—(*Tomándolo.*) Fumas de los mismos que yo.

LUISA.—De todo se han cuidado nuestros padres.

JAIME.—Inútilmente. ¡Qué cosa más chusca! He aquí una situación que parece inverosímil. Poderle decir a una mujer: "No me gustas para novia"... y que le agrade. (*Ha encendido una cerilla, que le ofrece.*)

LUISA.—(*Enciende su pitillo en la cerilla, sin tomarla.*) Pues ya ves.

JAIME.—(*Con la cerilla en la mano sin prender su cigarrillo.*) Verdaderamente eres una chica excepcional, una chica genial.

LUISA.—(*Para sí.*) Y tú un ganso. ¡Así te quemes!

JAIME.—(*Con la cerilla en la mano.*) Mis informes te pintaban inteligente, expresiva, franca; pero no podía yo suponer que... (*Se quema los dedos.*) ¡Caray!

LUISA.—(*Asustada de veras.*) ¿Te has quemado?

JAIME.—Una pizca, nada. Me paso al bando de los encendedores. Préstame el tuyo.

LUISA.—(*Se lo da, y mientras él enciende, para sí.*) ¡Se cumplen!

JAIME.—Vales mucho, Luisa. En eso no imité a tu padre.

LUISA.—Me enorgullece tu opinión.

JAIME.—Te has transformado. Estás pensativa, ausente.

LUISA.—Pensaba en que... debemos hablar ahora del negocio. Jaime: tengo ya confianza en ti.

JAIME.—Puedes tenerla.

LUISA.—De todos modos, en cuanto vieses los libros ibas a saber...

JAIME.—(*En cuidado ya.*) Di lo que sea. No te vuelvas tímida ahora.

LUISA.—No. Lo digo. Hace tres años, Jaime, que mi padre tuvo la desgracia de encapricharse con una mujer... irregular.

JAIME.—(*Alarmado.*) ¿Un extravío?

LUISA.—Un extravío estupendo. Es una mujer muy hermosa.

JAIME.—Aunque lo sea.

LUISA.—Mi padre está embaucado, ciego por ella, ella es muy gastadora, y...

JAIME.—¿Qué?

LUISA.—Creo que el negocio se ha quebrantado algo por los despilfarros de esa mujer.

JAIME.—¡Es inaudito! ¡Es intolerable!

LUISA.—Ya me temía yo que la noticia te iba a descomponer.

JAIME.—(*Recobrando instantáneamente su impasibilidad.*) Has debido escribirme a mí, o a mi padre, en cuanto lo supiste.

LUISA.—Lo del... extravío, lo he sabido hace poco tiempo. Lo del... desequilibrio del negocio, valiéndome de una comedia... ¡que ya voy dudando que lo fuese!... Lo he sabido hoy mismo. Lo he averiguado porque te había visto y te esperaba.

JAIME.—¡Desequilibrar un negocio por una mujer!... ¡Es estúpido!

LUISA.—Ninguna lo vale.

JAIME.—No. Las que hacen a un hombre perderse no valen nada. No son seres humanos, son alimañas dañinas. (*Se pasea en silencio. De pronto se para mirando a Luisa fijamente.*)

LUISA.—¿Qué piensas? ¿Qué vas a hacer?

JAIME.—(*Después de otro silencio.*) ¡Luisa!

LUISA.—Espero tus palabras.

JAIME.—(*Que ya ha formado su juicio y tomado su resolución.*) Hay que arreglar eso.

LUISA.—¿Qué harás?

JAIME.—Por de pronto, no enterarme de nada; no investigar nada del negocio.

LUISA.—¡Eres bueno!... Eso está bien. Mi padre, al verse descubierto, podía hacer un disparate.

JAIME.—(*Después de mirarla fijamente otra vez.*) Luisa, yo como por mi cuenta ese asunto. Es necesario que seas rica, Luisa. ¡Es necesario!

LUISA.—¡Oh, por mí!...

JAIME.—Por ti principalmente, y si me apuras, únicamente, hay que ponerle remedio al mal. Lo dicho: tomo a mi cargo la cuestión.

LUISA.—Eres generoso. Un hermano no haría más.

JAIME.—No haría más.

LUISA.—Pues..., como hermanos. Dame un beso.

JAIME.—¿Eh?

LUISA.—¿No te atreves?

JAIME.—(*Que sólo duda un instante.*) ¿Por qué no? (*La besa en la frente.*)

LUISA.—La prueba ha salido muy bien. Cuento contigo, Jaime. (*Un silencio.*)

JAIME.—¡Ah! Tengo una idea. ¡Una gran idea!

LUISA.—¡A ver! Dime.

JAIME.—Se trata de quitarle a tu padre el hechizo de esa mujer. ¡Pues se le quita!

LUISA.—¿Cómo?

JAIME.—Quitándosela. Sencillamente, se la lleva uno y ya está.

LUISA.—Pero eso te va a costar una fortuna. Tú no sabes quién es esa mujer. Necesita un río de oro.

JAIME.—¿Cómo? ¿Que dices? No se trata de eso. Se trata de convencerla, de engatusarla, de ganarla.

LUISA.—(*Como ante lo más absurdo.*) ¿De conquistarla?

JAIME.—Eso.

LUISA.—¿De hacerla perder el juicio y abandonar a mi padre para irse contigo?

JAIME.—Exactamente.

LUISA.—¿De... enamorarla?

JAIME.—Desde luego.

LUISA.—Pero... (*Rompe a reír.*) Pero, ¿a dónde vas tú?

JAIME.—(*Como quien no comprende.*) ¿Qué?

LUISA.—¿A dónde? (*Dominando su risa.*) Mira, Jaime: te conozco hace unos pocos minutos; pero menos tiempo, un solo instante, necesita una mujer para formar juicio. Tú eres un hombre de valía, de firme voluntad, de clara inteligencia. En los negocios triunfarás. Tienes madera de multimillonario. Pero con

nosotras..., con las mujeres, no tendrás éxito. Te falta..., ¿qué se yo?; te falta esa quisicosa que nosotras mismas no sabemos en qué consiste. No inquietas, no sugieres, no eres... seductor. Cualquier mujer al verte piensa "qué hombre tan simpático". "Yo haría con él un viaje por el desierto sin ningún temor."

JAIME.—¿Así me juzgas?

LUISA.—Así eres. ¿Has probado a conquistar alguna mujer?

JAIME.—No he tenido necesidad.

LUISA.—¿Ves? Eso no se hace por necesidad. Se hace por instinto.

JAIME.—También puede hacerse por cálculo.

LUISA.—Además de que hay otro riesgo peor que tu derrota segura. Es muy hermosa, es arrebatadora y es... muy ladina. Va a jugar contigo como con un bebé.

JAIME.—¿Como con un bebé?

LUISA.—Te va a encalabrinar y te va a arruinar a ti también. Pero..., ¡si no hay más que verte! Yo misma, que soy una ingenua, te he dominado desde que entraste por esa puerta y te he llevado por donde he querido. ¡Déjate, déjate de conquistas, Jaime! Tú eres un infeliz.

JAIME.—¡Basta, Luisa! A ti te parece eso porque, sencillamente, no te gusto. Pero a ella puedo causarle otro efecto. ¿Dónde está esa mujer?

LUISA.—En este momento en la terraza de Miramar, de seguro. Con un maillot azul y un albornoz verde y bronce. Es muy conocida..., Nelly, la de las esmeraldas. Por un billete de cien francos te la indicará cualquier camarero.

JAIME.—Voy a conocer al enemigo.

LUISA.—Es mejor que no vayas.

JAIME.—(*Sin hacer caso.*) Adiós, Luisa. Voy a vencer... o a morir. (*Mutis.*)

LUISA.—¡Que Dios te tenga de su mano! (*Queda sola. Un momento pensativa. Luego enciende un cigarrillo y se sienta en una butaca; pone los pies en otra y fuma silbando o canturreando. Vuelve GERVASIA.*)

GERVASIA.—Oye, Luisa: ese que ha salido es...

LUISA.—Jaime Uria.

GERVASIA.—No se me ha despintado. (*Pausa.*) Y tu cara no me engaña tampoco. ¿No ha venido a?...

LUISA.—No ha venido a pedir mi mano. No ha venido a eso.

GERVASIA.—¿No viene a eso? Entonces viene a enterarse de lo otro y a que todo dé un estallido. Pues permita Dios que...

LUISA.—(*Cortándole la frase a Gervasia, levantándose de un rinco.*) ¡Gervasia! Permita Dios que cada vez que vayas a sol-ar una maldición, te dé un hipo que no te deje hablar.

GERVASIA.—¡Hija! Ya creo que lo tengo. Me has cortado la espiración.

(*Sale a escena MARIANO.*)

MARIANO.—(*Algunos más de cincuenta años. Tipo de hombre de negocios que no se resigna a envejecer.*) Buenos días, nena. (*La besa.*) ¿Cómo estás aquí, es que no has salido hoy?

LUISA.—Vienes muy a tiempo papá. Tengo que hablarte. (*Mira a Gervasia.*)

GERVASIA.—No me mires. Ya me voy. (*Al mutis.*) ¡El carcamal! ¿No se le caerá la cara de vergüenza. ¡Así permita Dios que... hip, hip. (*El hipo no la deja seguir hablando. Mutis.*)

MARIANO.—(*Imitando a Luisa.*) Tengo que hablarte "lo has dicho gravemente".

LUISA.—Gravemente.

MARIANO.—(*Sentándose, bromista.*) ¡Ah! Pues dispongámonos a oír. El caso es muy serio.

LUISA.—Muy serio.

MARIANO.—La señorita ha pensado en el capítulo de pieles.

LUISA.—(*Con melancolía.*) La señorita no piensa ahora en lujos. Una noticia inesperada, papá. Jaime Uria... está aquí.

MARIANO.—(*Alarmado.*) ¿Sin avisar? ¿Le has visto?

LUISA.—Vino a saludarme. Acaba de salir de casa.

MARIANO.—(*Reponiéndose algo del susto.*) Lo primero ha venido a saludarte. Bien, bien. ¿Y qué te ha parecido?

LUISA.—Me ha parecido todo un hombre.

MARIANO.—Perfectamente, perfectamente. ¿Y tú a él? ¿Qué le has parecido? Las mujeres, en estos casos, tenéis una aguda intuición.

LUISA.—Nunca hemos hablado de esto directamente, papá.

MARIANO.—No había llegado la ocasión

LUISA.—Pues ya llegó. Y vas a oír lo que no esperabas. (*Con firmeza.*) No me casaré con Jaime.

MARIANO.—¡Pues me darás un disgusto! ¡El primero! ¿En qué puedes fundar tu oposición?

LUISA.—En un detalle sin importancia: en que Jaime no me gusta para marido.

MARIANO.—¿Qué sabes tú de eso?

LUISA.—Papá, el amor...

MARIANO.—Eso del amor, el siglo XIX, niña.

LUISA.—¿Ya nadie hace locuras por amor?

MARIANO.—Algún cursi atrasado.

LUISA.—Pues... Pero dejemos eso aparte, papá, nos enredaríamos en una discusión peligrosa.

MARIANO.—¡Y tanto!

LUISA.—¿Si yo te digo que no me parece haberle hecho a Jaime impresión alguna; que no he despertado en él ninguna inclinación?

MARIANO.—¡En el primer momento...! Lo del flechazo. Otra tontería completamente siglo XIX. ¡Bah, bah! Jaime está aquí, viene a conocerte, viene por ti; es el marido que tu padre te ha destinado... y lo demás es cuenta tuya. ¡Vamos! No creo que necesitarás de mis consejos. No voy a decirte yo qué táctica, qué juego de atractivos, de sugestiones, debe desplegar una mujer joven y bonita para interesar a un hombre; qué sistema de...

LUISA.—Coqueteos.

MARIANO.—El nombre no hace al caso.

LUISA.—Qué coqueteos, qué supercherías, qué engaños debe utilizar una mujer a quien conviene inspirar... un amor. Un amor muy siglo XIX.

MARIANO.—Esta conversación es inconveniente e inútil. Yo, con toda seriedad, te digo que ¡he dispuesto!, ¿entiendes?, dispuesto, tu boda con Jaime y que tú debes poner toda tu buena voluntad en secundar mis planes. (*Declamatorio.*) Los planes de tu padre, que sufre, que se desvela, que se atormenta ante el enigma de tu porvenir. Y que para... pasar una vejez tranquila, necesita esa solución.

LUISA.—(*Irónica.*) ¡Pobre papá! Es necesario que yo me case; que te libre de esa preocupación; que me vaya... a ¡América! con mi marido para que tú aquí puedas pasar una vejez tranquila. ¡Pobre papá!

MARIANO.—¡Así quiero yo oírte, hija de mi alma!

LUISA.—¡Así!

MARIANO.—Ya conoces el camino de tu deber.

LUISA.—¡Está atrasado!

MARIANO.—No nos pongamos tristes... A ello, pequeña. Se trata de una conquista fácil.

LUISA.—Lo dices tú.

MARIANO.—Debe ser un chico sin experiencia. Caerá en seguida atontolinado. De seguro no le ha mirado a fondo ninguna mu-

jer. En cuanto le entreabran las puertas del paraíso... perderá la chaveta.

LUISA.—¡Ese es mi temor!

MARIANO.—Tu confianza debes decir.

LUISA.—No tengo ninguna confianza.

MARIANO.—¿En ti misma?

LUISA.—En mí, sí, absoluta. (*Al verle.*) Aquí le tienes a él. Mi padre, Jaime.

(*Ha vuelto JAIME.*)

MARIANO.—(*Saliéndole al encuentro.*) ¡Querido! (*Se abrazan.*) ¿Quién te esperaba?

JAIME.—Pensaba haberme detenido unos días en París y desde allí avisar. Pero mi impaciencia por ver a ustedes...

MARIANO.—(*Separándose.*) Estás hecho un buen mozo, elegante, moderno, distinguido..., un gentleman.

JAIME.—Luce uno un poco, es verdad.

MARIANO.—Tu padre quedó bien, ¿no?

JAIME.—Tan valiente. Trabajando como una fiera. Hay que ganar mucho dinero. ¡Hay que tener mucho dinero! Ya, ya hablaremos del negocio. Aquel mercado cambia, se afina. Traigo muchas cosas que decirle a usted.

MARIANO.—Yo, aquí ahora..., descanso. ¿Comprendes? No tengo datos. Cuando vayamos a París...

JAIME.—No. Si yo tampoco quiero ocuparme por de pronto de nada comercial. Antes hay que divertirse un poco y, a la vez que se divierte..., arreglar otro asunto. ¡Qué asunto!

LUISA.—(*Con intención.*) Interesante.

JAIME.—(*Lo mismo.*) ¡Vaya! Es una cosa seria!

LUISA.—Lo que yo te decía.

MARIANO.—¡Hola! ¿Os habláis de tú?

JAIME.—Sí. Hemos tenido antes una conversación.

LUISA.—Y ya nos tuteamos. ¿Se puede ir más de prisa?

MARIANO.—Eso es cosa vuestra.

JAIME.—Y todo saldrá a las mil maravillas. Ya verá usted. Estoy seguro de triunfar.

LUISA.—¡Qué presuntuoso! Yo te digo que vas al fracaso, Jaime.

JAIME.—Imposible. Es una alta empresa. Va en ella mi amor propio... y la felicidad de usted, señorita. Póngala en mis manos.

MARIANO.—Eso es: ponla en sus manos.

LUISA.—No conseguirá nada. El se tiene por irresistible... y es inofensivo. (*Se ríe.*)

MARIANO.—Ese lenguaje, hija mía...

JAIME.—Déjela usted reír. Al final veremos.

LUISA.—Jaime..., Jaime el Conquistador. (*Se ríe.*)

MARIANO.—Creo que debo dejaros apurar esa discusión. (*A Jaime.*) ¿Almorzarás hoy con nosotros?

JAIME.—Hoy, sí. Desde mañana no le extrañe a usted que venga poco por aquí.

MARIANO.—Sí, claro. Es lo correcto. Pues hasta un rato. Ya charlaremos nosotros. (*Dándole unas palmadas en la espalda.*) No la dejes salirse con la suya. Es muy terca. (*Al mutis.*) ¡Bah! No hay temor. Esto es un hecho. (*Mutis.*)

LUISA.—¿La has visto?

JAIME.—Sí. Y he tomado habitación en el mismo hotel.

LUISA.—Es muy guapa.

JAIME.—Es una mujer extraordinariamente hermosa y tal vez extraordinariamente lista.

LUISA.—Desiste de esa aventura, Jaime.

JAIME.—¿Tienes miedo por mí?

LUISA.—Yo, sí.

JAIME.—Pues, yo, no.

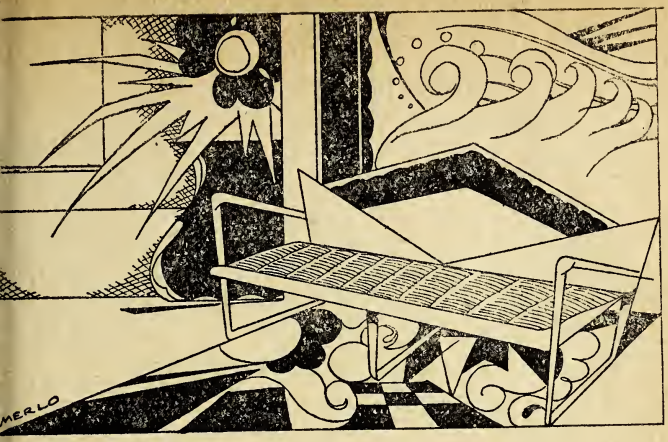
(*Se miran. Cada uno se calla lo que iba a decir.*)

LUISA.—¿Qué?

JAIME.—Nada. (*Saca su pitillera, la abre...*)

T E L O N

ACTO SEGUNDO



La misma decoración, de noche.

En escena MARIANO y DON JUANITO.

MARIANO.—(*De smoking. Paseándose agitado por la escena.*) Juanito, en estas circunstancias tu consejo puede serme útil. Voy a confiártelo todo, voy a abrirte mi corazón. Supongo que puedo contar contigo. (*Deteniéndose.*) ¡Eh, Juanito!

DON JUANITO.—(*Que está sentado ante una mesa en que hay dos servicios de café. Al nombrarlo Mariano se estremece, volviendo de una ausencia mental.*) ¿Qué?

MARIANO.—Que si puedo contar contigo.

DON JUANITO.—¡Ah, sí! ¿De qué se trata? ¿Qué hay que hacer?

MARIANO.—Lo primero escuchar y enterarse ¿Qué decía yo?

DON JUANITO.—Divagabas.

MARIANO.—Divagaba. Tienes razón. Hasta mi modo de exponer las cuestiones, lacónico, claro, concreto, lo he perdido ya. ¿Qué es esto, Juanito?

DON JUANITO.—Inhibiciones, actos fallidos, fuga de las palabras que no encuentras, que parece que se han borrado del idioma: Neurosis senil.

MARIANO.—Al diablo con tus lecturas, Juanito. Antes de da te a los libros se te podía tratar. Un tonto que no lee es tol rable. Pero a un tonto que le da por leer no hay quien lo r sista.

DON JUANITO.—Gracias, Mariano.

(*Sale a escena GERVASIA.*)

GERVASIA.—Buenas noches, don Juanito. ¿Le ha gustado l cena?

DON JUANITO.—Suculenta, Gervasia, y exquisita. Como siempr que la dispones tú.

GERVASIA.—Al saber que come usted en casa me esmero. ¡Po caridad! Vive usted tan solo desde que se fué al Sanatorio su señora..., en una pensión, entre extraños... ¡Cómo debe uste echar de menos a la ausente!

DON JUANITO.—Me acomodo, Gervasia, me acomodo. Y lo pas menos mal, puede usted creerme, menos mal.

GERVASIA.—¿Y de noticias? ¿Sabe usted cuando vuelve ella?

GERVASIA.—No, no sé nada, Gervasia. Me escribe poco. Y no me habla nada de venir.

MARIANO.—Gervasia.

GERVASIA.—Señor.

MARIANO.—Abusas de tu situación de indispensable en la casa. Ya no te conformas con escuchar detrás de las puertas.

GERVASIA.—¡Ave María Purísima!

MARIANO.—Si no que además acudes e intervienes cuando sospechas que vamos a tratar algo importante.

GERVASIA.—¡Usted delira, señor! Yo no escucho detrás de las puertas.

MARIANO.—No lo ibas a confesar...

GERVASIA.—Yo no escucho detrás de las puertas..., porque no me hace falta. ¿Quiere usted que le plante en pico todo lo que sé? ¿Hablo?

MARIANO.—Te prohibo terminantemente que te mezcles en lo que no te importa.

GERVASIA.—¿Cómo que no me importa? ¿He criado yo a su hija con mi sangre, estoy aquí dejándome la vida para que usted?...

DON JUANITO.—¡Téngase, Gervasia!

GERVASIA.—Y todo por una mala hembra que, si bien se mira, no tiene nada que no tengan las demás.

MARIANO.—¡Basta!

GERVASIA.—Ya me callo. Pero... ¡Permita Dios que... hip..., hip... (*El hipo le corta la frase.*)

DON JUANITO.—(*Brusco, dando una patada en el suelo.*) ¡Gervasia!

GERVASIA.—¡Huy! ¿Qué?

DON JUANITO.—Es para quitarle a usted el hipo. (*Después de esto se abstrae otra vez.*)

GERVASIA.—Dios se lo pague, entonces. Es un castigo. Me sacudo toda.

MARIANO.—Y en fin de cuentas, ¿se puede saber a qué venías?

GERVASIA.—A preguntarles si quieren unas copas de cognac.

MARIANO.—¡Si nos las sirves siempre!

GERVASIA.—(*Pulsa un timbre y a la DONCELLA, que aparece.*) Sirva unas copas de cognac a los señores.

(*Ha salido a escena la Doncella.*)

DONCELLA.—¿Del de todos los días?

GERVASIA.—(*Autoritaria.*) No conteste. Y sobre todo no conteste preguntando. Si fuera de otro ya lo hubiera yo dicho Vaya usted.

DONCELLA.—Voy..., ama. (*Mutis.*)

GERVASIA.—¡Qué trabajo me cuesta enseñarle modales finos a la servidumbre! (*Mutis.*)

MARIANO.—(*Da un paseo por la escena, va a hablar, pero repara en don Juanito, que está abstraído otra vez.*) ¡Juanito!

DON JUANITO.—(*Estremeciéndose.*) ¿Qué?

MARIANO.—Desde hace algún tiempo estás como en Babia, te aislas, te embobas.

DON JUANITO.—¡Me elevo!

MARIANO.—Juanito, has trabajado mucho. Tu cerebro flaquea.

DON JUANITO.—Nunca estuvo tan firme.

MARIANO.—Es necesario que vuelva tu mujer. (*Don Juanito hace un gesto.*) Es necesario. En veinte años de matrimonio te habías acostumbrado a las trifulcas de tu mujer, a las explosiones de su genio y hasta a su gimnasia. Al faltarte todo eso, que a tu carácter melancólico le hacía reaccionar..., languideces, amustias.

DON JUANITO.—No hablemos de eso, Mariano. Dime eso otro que me ibas a decir. ¿Qué es ello? ¿De qué se trata?

(*Vuelve la DONCELLA y deja las copas de cognac.*)

DONCELLA.—¿Desea algo más el señor?

DON JUANITO.—Parece que no te llevas bien con Gervasia, chica.

DONCELLA.—Ni bien ni mal. No me interesa que Gervasia esté o no contenta de mí. Mientras yo pueda dar gusto a señor...

MARIANO.—Déjanos.

DONCELLA.—(*Al mutis.*) **¡Qué gracia tendrán otras!**

(*Al mutis.*)

MARIANO.—¿Pero has visto?

DON JUANITO.—Claro. Has tomado fama de pagarlas espléndidamente... He ahí el mayor daño que hacéis los hombres como tú.

MARIANO.—Yo no soy de esos que tú dices. Yo no compro nada. Lo mío es diferente.

DON JUANITO.—Es un caso de romanticismo.

MARIANO.—No estábamos hablando de eso, Juanito.

DON JUANITO.—Hablemos de lo que gustes. ¿De qué se trata?

MARIANO.—¿De qué va a tratarse? Del hijo de mi socio y de mi hija. Ya sabes lo que ocurre. El viene, por consejo de su padre, a casarse con ella. Ella le esperaba para lo mismo. Llega él, se ven, se conocen, almorzamos juntos y él se despide. "Hasta luego". Hace de esto ocho días... y no le hemos vuelto a ver. Por lo menos yo no le he vuelto a ver.

DON JUANITO.—Ni ella.

MARIANO.—¿Y qué piensas tú de esto?

DON JUANITO.—Tu hija no será casada.

MARIANO.— ¿Por qué lo dices?

DON JUANITO.—¡Ah! ¡Por qué lo digo! Si te lo explicara te ibas a reír de mí.

MARIANO.—¡Ah, vamos! Se trata de esa chifladura.

DON JUANITO.—De esa ciencia maravillosa. (*Se abstrae, no atiende a nada de lo que le rodea. Algo como un éxtasis.*)

MARIANO.—(*Que sigue dando paseos por la escena.*) Déjame de cuentos. Una muchacha tan sensible como ella, tan complacida de su juventud como ella, tan gustosa de vestirse, de agradar, de oír lisonjas... (*Pausa.*) Aunque me haces pensar. Lo cierto es que no recuerdo de mi hija ningún coqueteo, ningún... síntoma. Ve a los hombres con una frialdad absoluta; las palabras más ardientes no le hacen más efecto que si se las dijeran a una estatua de mármol... (*Al darse cuenta de que no le oye.*) ¡Juanito!

DON JUANITO.—(*Con sobresalto.*) ¿Qué pasa?

MARIANO.—¿Otra vez?

DON JUANITO.—Me había vuelto a elevar. Perdona.

MARIANO.—¡Atiende, por favor! Eres mi hombre de conflan-

a, mi único amigo ¡y te estoy abriendo mi corazón! Dime: qué piensas de mi hija?

DON JUANITO.—Que es una sirena.

MARIANO.—¿Una sirena?

DON JUANITO.—Una sirena, no lo dudes.

MARIANO.—¡Pues era lo que me faltaba! Dejarla sin dos reaes... y sirena.

DON JUANITO.—Todavía puedes salvarla. El negocio es magífico y, con tu genio comercial, en un par de años puedes nivelarte y... ¡a seguir ganando! Deja a Nelly, la de las esmeraldas. ¡Déjala!

MARIANO.—¿Que la abandone?

DON JUANITO.—Que la abandones, que la abandones... ¡Que a licencies! ¡Que la largues! ¡Que le des el pasaporte!

MARIANO.—¡Tú crees que yo soy un malvado! ¡Abandonarla! Desampararla para que ruede por el plano inclinado en que la conocí. Porque no te niego que la conocí una noche en el plano inclinado. ¡Abandonarla de nuevo a la vorágine, ahora, cuando ella sólo sueña con una vida de redención y de trabajo!...

DON JUANITO.—¿Y de trabajo?

MARIANO.—¿Tú sabes? Ha decidido trabajar. Y como es voluntariosa, formulado el propósito, lo ha puesto por obra inmediatamente; sin dejarlo para otro día, empezó a hacerse ella misma un jersey de calceta.

DON JUANITO.—¡Ah! (*Se abstrae otra vez.*)

MARIANO.—Tenía levadura de honrada y de hacendosa, créeme. Y ese espíritu de honradez y de orden va despertando en ella gracias a mí. Me apresuré a comprarle las agujas y los ovillos de lana. ¡Con qué ilusión empezó a trabajar! Ya no quiere la pobre más aventuras. Bastarse a sí misma, esa es su aspiración. ¡Y es tan cariñosa! ¡Y es tan rica! ¡Qué rica es! (*Un silencio.*) Ahora que si mi hija no se casa con Jaime; si el hijo de mi socio en vez de pedirme la mano de mi hija me pide un balance del negocio... Esta es la cuestión: la mano o el balance; el balance o la mano. Este es el dilema. (*Al darse cuenta de que don Juanito está en las nubes.*) ¡Juanito! ¡Es intolerable!

DON JUANITO.—No. Si te escucho. Y dime: ¿de qué color es el jersey?

MARIANO.—¡Estás perdido, Juanito!

DON JUANITO.—¡Y tú! A los dos nos mata el mismo mal: la mujer. Y no sé cuál es peor; si la irascible o la amorosa. ¡Se-

ñor! ¡Tan tranquilo como estaba Adán! Pase lo de romperle una costilla..., pero lo otro...

(*Sale a escena LUISA.*)

LUISA.—(*Traje de noche. Mantón de Manila.*) Todavía es temprano, ¿verdad? La fiesta empieza tarde y no debemos ser de los primeros.

DON JUANITO.—¡Qué elegante! ¡Qué guapa!

LUISA.—Gracias, don Juanito. (*A Mariano.*) ¿Es muy pronto, ¿verdad?

MARIANO.—Por fin has decidido ir a la fiesta. Me parece muy bien. (*Mirando la hora.*) Sí, es temprano. Tengo tiempo de dar un recado por teléfono.

LUISA.—A... los amigos. Diciéndoles que no te esperen esta noche porque tienes que acompañar a tu hija.

MARIANO.—Sí, claro, a ellos. A Ansúrez, a Lumbreras.

LUISA.—Lumbreras se fué ayer, papá.

MARIANO.—A Dupuy, a Domenien...

LUISA.—A quien sea. Diles que esta noche no hay de qué; que esta noche mi padre es mío.

MARIANO.—¡Y encantado, hija mía! (*Mutis.*)

LUISA.—¡Pobre papá!

DON JUANITO.—¿Cómo va eso, Luisa?

LUISA.—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Jaime no ha vuelto por aquí.

DON JUANITO.—Estará trabajando.

LUISA.—O haciendo el indio.

DON JUANITO.—Yo tengo mucha fe en la corazonada optimista, Luisa. Yo estoy ya seguro de que usted ve el porvenir.

LUISA.—A veces yo también lo creo y me animo. Otras veces, sin embargo, y precisamente por eso...

DON JUANITO.—Lo de que Jaime conquiste a esa mujer y la quite de en medio... ¡es una gran idea!

LUISA.—¡Ay, don Juanito! Es que no lo sabe usted todo. Hay más. Hay otra corazonada mía.

DON JUANITO.—(*Frotándose las manos.*) ¿Otra? ¡A ver!

LUISA.—Hemos comprobado que mis maldiciones se cumplen.

DON JUANITO.—Porque no son maldiciones; son profecías.

LUISA.—¡Qué más da! Lo cierto es que suceden las cosas que yo anuncio.

DON JUANITO.—Evidente. Tengo anotadas varias predicciones de usted, que los hechos confirmaron terminantemente, para

ın libro que pienso publicar, naturalmente, sin dar el nom-
ɔre de usted.

LUISA.—Pues tome buena nota de esta que le voy a comuni-
ɜar. Una mañana antes de venir y cuando nadie podíamos
ɔensar en que viniese tan pronto, vi yo en la playa a esa mu-
ɟer. Pasó a mi lado, elegante, provocativa...

DON JUANITO.—Es una continua provocación.

LUISA.—¿También para usted, don Juanito?

DON JUANITO.—¡Y para su santo!

LUISA.—¡Si su mujer lo sabe!

DON JUANITO.—Dejemos eso, dejemos eso. Al asunto.

LUISA.—Pues bien; a mí me dió ira verla... y solté una maldición.

DON JUANITO.—¿Cuál? Yo estoy asustado, Luisa.

LUISA.—Como para mí enamorarse es la mayor desgracia que a una mujer puede sucederle, dije: "Permita Dios que te enamores".

DON JUANITO.—¿Y espera usted ahora que se enamore de Jaime?

LUISA.—Lo temo.

DON JUANITO.—Pues es lo mejor que podía ocurrir. Si se enamora sólo pensará en llevársela, no pensará en pedir cuentas... ¡Buen viaje, amigo! ¡Y buen provecho! ¡Magnífico! ¡Magnífico!

LUISA.—¡Catastrófico!

DON JUANITO.—Pero vamos a ver, Luisa. ¿No habíamos quedado en que a usted Jaime no le gusta?

LUISA.—Hemos quedado en eso, en que no me casaré con él. Pero yo no he deseado nunca su perdición. Y esa mujer va a ser su perdición.

(Aparece GERVASIA en el foro y, sin hablar, le hace señas a Luisa mostrándole un papel. Luisa, mientras dice lo que sigue y habla don Juanito, va y toma el papel de manos de Gervasia—que hace mutis—, lo lee rápidamente y lo oculta.)

DON JUANITO.—Mire, mire, querida. La caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

LUISA.—Sí, en eso tiene usted razón.

DON JUANITO.—Jugada doble. Nos libramos de una vez de la pájara y del que podía descubrir el estado del negocio. Su padre de usted abre los ojos, ve la realidad y vuelve al trabajo. El dinero se recupera, y aquí no ha pasado nada... Y yo escri-

biré mi grande obra "Las profecías del subconsciente", que m hará famoso.

LUISA.—(*Voz, gesto, caricatura de las hipnotizadas de espe táculos.*) ¡Don Juanito, don Juanito!...

DON JUANITO.—¿Qué le sucede, Luisa?...

LUISA.—En este momento recibo una comunicación; teng una visión a distancia.

DON JUANITO.—Esto sí será digno de comprobarse. (*Se dispo ne a tomar notas.*) ¿Qué ve usted? ¿Qué ve?

LUISA.—Todavía no veo claro.

DON JUANITO.—Haga un esfuerzo, fíjese.

LUISA.—¡Ya!

DON JUANITO.—¿Qué ve usted?

LUISA.—Veo el sanatorio.

DON JUANITO.—¡Cáspita!

LUISA.—Y en el sanatorio a su mujer de usted. Tiene no s qué en la mano.

DON JUANITO.—Un plato, de seguro. ¿Y cómo está?

LUISA.—Nerviosa, intranquila. Hace muchos días que no re cibe carta de usted. Piensa que está usted enfermo y se dispo ne a venir.

DON JUANITO.—¡Se lo prohibirá el médico! ¡Me lo prometió

LUISA.—Contra la prohibición del médico.

DON JUANITO.—¡Qué barbaridad! Digo, ¡qué temeridad! Voy a telegrafiar en el acto que no me ocurre nada. Y a escribirla (*Hace mutis recitando la carta.*) Amor mío: Mi salud es inque brantable a pesar de que tu ausencia me hace sufrir. Quédat tranquila, con toda calma para que un día más o menos lejano lejano, lejano... (*Mutis.*)

GERVASIA.—Pronto lo has despachado.

LUISA.—Es un pobrecito. Ahora tengo que alejar a mi padre. Ya viene. Déjame.

GERVASIA.—Lo que tú no consigas... (*Mutis.*)

(*Luisa se tumba en un mueble.*)

(*Vuelve MARIANO.*)

MARIANO.—Ya es hora. Y el baile me dicen que estará muy bien. Cuando quieras.

LUISA.—¡Ay, papá, papaito! De pronto, una jaqueca, ¡atroz, atroz!...; de pronto, en la sien..., como una pedrada. ¡Ay! ¡Ay!

MARIANO.—(*Incrédulo.*) Toma un sello. ¿Llamo a Gervasia?

LUISA.—No. No llames a nadie. Esto pasará. Ya sabes que otras veces me ha sucedido.

MARIANO.—(*Incrédulo y contrariado.*) Después de haberme hecho telefonear... ¡Vamos, pequeña! No hagas caso de esa molestia insignificante y anímate.

LUISA.—No, no. Vete tú al baile... o a donde quieras.

MARIANO.—¡Cómo voy a dejarte así!

LUISA.—¡No me aliviarías quedándote! Yo sólo necesito ahora reposo, soledad, silencio... y todo a media luz. Ya sabes que mis jaquecas se curan así.

MARIANO.—Sí, ya sé que cuando de repente te da la ventolera de no ir a un sitio, te sucede eso, la pedrada en la sien, el dolor, los ayes lastimeros... Lo que yo quisiera saber es la causa de tu proceder esta noche. ¿Por qué has cambiado de propósito? ¿Qué ha podido suceder en tan pocos minutos?

LUISA.—¡No me hagas hablar! Me retumban las palabras. Siento ruidos, chasquidos, truenos... y algunas veces hasta música. Parece que tengo una radio en la cabeza.

MARIANO.—Está bien... Acuéstate. Adiós. (*Al mutis.*) ¿Qué ha podido pasar? ¡Lo he de saber! (*Mutis.*)

LUISA.—(*Después de un silencio. Cuando está segura de que Mariano se ha ido, se levanta y llama.*) ¡Gervasia, Gervasia!

(*Vuelve GERVASIA.*)

GERVASIA.—Tu padre se va escamado.

LUISA.—Irá allá... y en cuanto esté con ella no se acordará de nada. ¿Dónde está el otro?

GERVASIA.—En el jardín. Detrás del invernadero.

LUISA.—Llámale.

(*Sale a escena JAIME, de smóking.*)

JAIME.—No hace falta. Ya estoy aquí.

GERVASIA.—Y aquí sobro yo. (*Mutis.*)

LUISA.—Siéntate, Jaime. Puedes estar tranquilo. Nadie nos interrumpirá.

JAIME.—¿Ibas a salir?

LUISA.—Sí, iba a la fiesta franco-española; pero tu aviso me hizo desistir

JAIME.—Yo también pienso ir después. Y tú no debes faltar. Estás muy bien. Estás muy bien.

LUISA.—Todavía no has aprendido a ser galante.

JAIME.—Lo reconozco. He debido decirte algo que fuera original.

LUISA.—Conmigo estás cumplido. Y además no se trata de eso. Me tienes intrigadísima, Jaime. Me muero de curiosidad. ¿Qué ha sido de ti? ¿Qué has hecho durante estos ocho días?

JAIME.—Trabajar. Yo, cuando emprendo un negocio, hasta que lo termino no hago otra cosa.

LUISA.—¿Y cómo va ese negocio?

JAIME.—Ahora verás. Necesito que me aconsejes.

LUISA.—¿Yo?

JAIME.—Para ir contra una mujer el mejor aliado es otra mujer. Ante todo he querido hablarte a solas porque me parece que tu padre sospecha algo y no me conviene, por ahora, tener con él una escena final.

LUISA.—No hay peligro. Mi padre, como en su caso la mayoría, está en... un árbol. Ella ni siquiera le habrá dicho que te conoce...

JAIME.—Si se lo calla es un indicio.

LUISA.—¡Bah! Eso no significa nada. De seguro no es el primer flirt que le oculta. ¿Hay flirt?

JAIME.—No sé que te diga. Se trata de una mujer fácil muy difícil.

LUISA.—Y muy linda.

JAIME.—Eso sí. Y lista..., ¡un demonio! ¡Cuánto sabe! No hay movimiento suyo, ni sonrisa, ni movimiento, ni ademán, que no sean estudiados. Calcula todos los efectos que quiere producir. ¡Cómo anda y cómo se está quieta! ¡Cómo sabe hablar y cómo sabe callar! ¡Cómo se peina... y cómo se despeina! ¡Cómo se viste!...

LUISA.—¡Ya está bien! ¡Ya está bien!

JAIME.—Gracias a que yo soy, ante todo, correcto, comedido.

LUISA.—(*Irónica.*) Gracias a eso. Lo suponía.

JAIME.—Llevo mi labor metódicamente. Verás. Empecé por coincidir con ella en el ascensor y cambiamos así las primeras palabras. A la tercera vez ya éramos conocidos. La invité a una botella de chmpagne.

LUISA.—¿Dónde?

JAIME.—Allí mismo. En el salón del hotel.

LUISA.—¿Y aceptó?

JAIME.—Encantada. Bailamos...

LUISA.—Y te empezaste a insinuar.

JAIME.—No. Yo bailo concienzudamente. He tomado lecciones. Y cuando se baila concienzudamente no se puede hablar.

LUISA.—Sí, ahora sucede eso. Se baila y nada más.

JAIME.—Ella baila concienzudamente. Nos lucimos. Pero hubo de reconocer que yo bailo mejor.

LUISA.—¿Y después de bailar?

JAIME.—Me dió las gracias... y se fué.

LUISA.—Para primer día, no está mal. Al día siguiente...

JAIME.—Esperé a que ella estuviera en el mar para lanzarme yo. Yo nado concienzudamente. He tomado lecciones. Ella también es una gran nadadora; pero hubo de reconocer que nado yo mejor.

LUISA.—¿Y después?

JAIME.—Fuimos en albornoz a tomar el coktail. Charlamos.

LUISA.—¡Por fin! Eso es progresar.

JAIME.—Le hablé de tennis. Nos cambiamos de ropa y jugamos un partido. Yo juego al tennis concienzudamente. He tomado lecciones. Ella también es una jugadora formidable, pero le gané sin dificultad.

LUISA.—De triunfo en triunfo. ¿Y cuando acabasteis?

JAIME.—Me dió las gracias y se fué.

LUISA.—Pasó otro día.

JAIME.—No. A la noche volvimos a vernos y fué ella quien me propuso entrar en la sala de bacarrat.

LUISA.—Tú juegas al bacarrat concienzudamente. Has tomado lecciones.

JAIME.—No. Yo no hago tonterías. Yo no juego. Ella jugó y perdió unos miles de francos. Yo la vi perder y cuando se le acabó el dinero...

LUISA.—¿Qué hiciste?

JAIME.—La invité a una botella de champagne en el cabaret.

LUISA.—¿Y aceptó?

JAIME.—Sí. Estaba sedienta. Y muy hermosa. Le brillaban los ojos negros: dos ascuas; tenía estremecimientos felinos, ondulaciones, fatigas, y hablaba sin concierto. El nerviosismo del jugador que pierde. La cuarta copa de champagne empezó a calmarla. Se puso triste, con una tristeza de niña mimada y mimosa y hasta creo que se le arrasaron los ojos. Comprendí que se había quedado sin un franco y no podía pedirle más dinero, tan pronto, a su... proveedor.

LUISA.—Y ese fué el momento que tú aprovechaste.

JAIME.—No. Hubiera sido una insigne torpeza.

LUISA.—¡Vamos! Tú quieres conseguirla por castigador.

JAIME.—Por hombre.

LUISA.—¡Ah! Por hombre.

JAIME.—Para ofrecerle una cantidad como precio a su intervención en la vida de tu padre, no hubiese andado con tantos rodeos.

LUISA.—También eso es verdad. Sigue.

JAIME.—En lugar de ofrecerle dinero, le ofrecí más champagne y bailé con ella.

LUISA.—(*Irónica.*) Concienzudamente, es decir: sin decirle una palabra.

JAIME.—Sin decirle una palabra. Fuimos la admiración del cabaret. Comparada con nosotros la pareja profesional era una pareja de aprendices. Y el baile, más elocuente que todos los discursos, hizo su obra. ¡Oh! La gloria emborracha. Ella se olvidó de que había perdido, de su protector... y de todo. Se puso muy contenta. Le brillaban los ojazos negros: dos ascuas, y suspiraba profundamente: palpitaba. Bailar con ella era como agitar un manojo de claveles.

LUISA.—¡Ya está bien! Triunfaste.

JAIME.—No. La emborraché concienzudamente y la respeté... concienzudamente.

LUISA.—¡Ah! Pues, chico...

JAIME.—Al día siguiente, cuando nos encontramos en el hall del hotel, no contestó a mis buenos días.

LUISA.—¡Claro!

JAIME.—No; si no me sorprendió. Contaba con ello.

LUISA.—Y allí acabó la aventura.

JAIME.—No. Ahí empieza. Fíjate en que hemos revisado lo ocurrido en cuatro días y han transcurrido ocho. Dos estuve sin verla.

LUISA.—Jueves y viernes. Los que mi padre faltó de casa para un viaje de negocios.

JAIME.—Dos días de reflexión para mí. No me atreví a venir a contarte el estado del asunto porque me hubieses tomado el pelo.

LUISA.—Seguramente. Y vienes hoy. Luego has triunfado después.

JAIME.—Ya te dije que hoy vengo a pedirte instrucciones, consejos.

LUISA.—¡Bah!, ¡bah! Acaba cuantos antes. Me empiezas a fastidiar.

JAIME.—Cuando reapareció ella fuí acogido con muestras de contento. Comprendí que traía dinero fresco y que venía aburrida del viejo... pelmazo.

LUISA.—¡Que es mi padre!

JAIME.—Yo hablo desde el punto de vista de ella.

LUISA.—¡Aun así!

JAIME.—La encontré alegre y con ganas de diversión. Bailamos bebimos y de pronto va, se pone seria y me dice: "Le agradezco a usted mucho que la otra noche no me ofreciera su cartera. En este momento le aborrecería a usted... como a... los demás" ¿Qué piensas ahora, Luisa?

LUISA.—Que eres más hábil de lo que yo podía suponer.

JAIME.—Ya me vas haciendo justicia.

LUISA.—Y además eres muy modesto. Acaba.

JAIME.—Pues como resultado de esto, nos hemos hecho muy buenos amigos. Nos hablamos de tú, bailamos, nadamos, jugamos al tennis... y nada más.

LUISA.—¿Y nada más?

JAIME.—Nada más.

LUISA.—¡Jaime..., eres un pardillo!

JAIME.—(*Con sorna.*) Ese es mi temor. Por eso quería consultarte. ¿Qué hago yo ahora?

LUISA.—Llorar.

JAIME.—No has visto clara la situación. (*Con aplomo.*) Esa mujer caerá en mis brazos en cuanto yo le diga: "Te quiero".

LUISA.—Ilusiones. Ella se aburre y te ha admitido para pasar el rato simplemente. Se luce bailando contigo... No olvides que hay bailarines a quienes se les paga. Tú le sales más barato y además la convidas a champán. ¡Ah! No te olvides tampoco de quien eres: "el hijo del socio de mi padre". "Como era tu amigo—le dirá—no tuve inconveniente en tratarle y bailar con él". Jaime, eres un hombre excelente, pero, ya te lo advertí, no sirves para el caso. Deja ese asunto.

JAIME.—A mí me juzgas desde tu indiferencia y a ella desde tu vanidad. De sobra sé yo que a ti no te enamoraría nunca, aunque me lo propusiera. A ti no te gusto. ¡A ella sí!

LUISA.—A ella sí. ¿En qué lo conoces?

JAIME.—En la entereza con que pretende defenderse de mí; en el afán que pone en repetir que somos amigos, que sólo puede existir entre nosotros el trato leal y desinteresado de amigos. (*Con intención.*) Las mujeres, cuando ya no están seguras de sí mismas, pretenden encastillarse en la amistad, como en la última fortaleza.

LUISA.—Puede ser.

JAIME.—Es. Y he aquí el conflicto.

LUISA.—¿Conflicto?

JAIME.—Y grave. Porque resulta que yo... no sé hacer el amor. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo llegar a la... declaración? No lo sé.

LUISA.—¡Pero, hombre!

JAIME.—No. Si tú dices la verdad. No soy un seductor. No soy un seductor porque no sé engañarme a mí mismo. Don Juan era seductor porque se engañaba a sí mismo al engañar a cada mujer. Por eso acabó su historia con su primera verdad. Yo no puedo decirle a esa mujer "te quiero" porque sonaría a mentira mi voz, porque mis propios ojos denunciarían la falsedad.

LUISA.—No le digas precisamente "te quiero", dile otra cosa, dile...

JAIME.—Tampoco, Luisa, tampoco puedo decirle eso porque... es hermosa, sí, pero tampoco le diría verdad.

LUISA.—(*Desconcertada.*) ¡Ah!

JAIME.—¿Cómo se dirá? ¿Cómo se hace el amor?

LUISA.—¡Ay, hijo! No he pensado nunca en ello. No se trata de un conocimiento necesario para mí.

JAIME.—Pero a ti te habrán hecho el amor.

LUISA.—¡Huy! No sé cuantas veces. Pero puesto que me encuentras soltera y libre es señal de que no me lo han hecho nunca bien.

JAIME.—(*Con desolación fingida.*) ¡No me quieres ayudar!

LUISA.—¡Pero qué voy a decirte!... Se mira con intensidad, con fuerza; se busca la mano de la mujer... Bueno. ¿Qué sé yo? Se hace lo que hay que hacer... y ya está.

JAIME.—Se mira a los ojos, ¿así? (*Lo hace.*)

LUISA.—Mirar ya sabes; miras bien.

JAIME.—Se mira buscando el fondo del alma; el secreto que cada mujer guarda en el fondo de su alma.

LUISA.—Bien. Sobresaliente en miradas.

JAIME.—(*Haciéndolo.*) Se busca la mano de ella, cuyo contacto le hace a uno vibrar...

LUISA.—(*Retirando su mano.*) Sobresaliente también en vibraciones.

JAIME.—(*Volviendo a tomar la mano de Luisa con pasión.*) Y se dice... ¡te quiero!

LUISA.—(*Separándose, dominando su emoción, enmascarándola.*) Lo has dicho admirablemente. Resulta que sabías hacer el amor.

JAIME.—¿De veras?

LUISA.—Sí. Eres un maestro.

JAIME.—¿No me engañas? ¿No te burlas de mí? ¿Ha tenido fuerza la frase?

LUISA.—¡Mucha! (*Con pena que trata de ocultar.*) Si a ella le gustas, como supones, y se lo dices como a mí me lo has dicho... ¡es tuya!

JAIME.—Pero..., ¿lo habré de repetir? Déjame ensayarlo otra vez.

LUISA.—(*Defendiéndose.*) No, no hace falta. Lo dices insuperablemente. (*Con pena.*) Anda, engáñala con esas palabras y con esa emoción... embustera. Ella es mala, pero te creerá... porque es mujer.

JAIME.—No me va a salir. Primero mirar. (*Repite las acciones de antes.*) Después buscar la mano y decir de todo corazón: (*Con pasión.*) ¡Te quiero!

LUISA.—(*Sin retirar la mano, la mirada en el suelo, rota la voz.*) Anda. Vete a decírselo a ella. Es tarde y no debes seguir aquí, Jaime.

(*Vuelve MARIANO.*)

MARIANO.—¡Muy bien!

LUISA.—(*Separándose bruscamente.*) ¡Oh!

MARIANO.—¿Era este tu quebradero de cabeza, hija mía?

LUISA.—¡Papá!

MARIANO.—Me explicarás qué significa esto.

LUISA.—Pues el caso es... que no te lo puedo explicar.

JAIME.—No, no podemos.

MARIANO.—¿No?

JAIME.—No.

MARIANO.—Luisa, haz el favor de retirarte. (*Ella vacila.*) ¡Te lo mando!

LUISA.—Obedezco. (*Al cruzar para el mutis.*) Ahora tú verás cómo te las vas a componer. (*Mutis.*)

MARIANO.—Perfectamente. Este es el hijo de mi socio, de mi mejor amigo. ¡Este es!

JAIME.—Este es.

MARIANO.—El que aprovecha mis ausencias de aquí para hablar clandestinamente con mi hija.

JAIME.—En efecto.

MARIANO.—Al mismo tiempo que aprovecha mis ausencias de otra parte para ponerle cerco a...

JAIME.—A su amiga. ¿Lo ha descubierto usted?

MARIANO.—¡Sí, señor!

JAIME.—Lo siento. Es una complicación.

MARIANO.—Se servirá usted explicarme su conducta.

JAIME.—Y usted la suya. Nos explicaremos mutuamente. Cada uno rendiremos nuestras cuentas.

MARIANO.—¿Qué quiere decir eso?

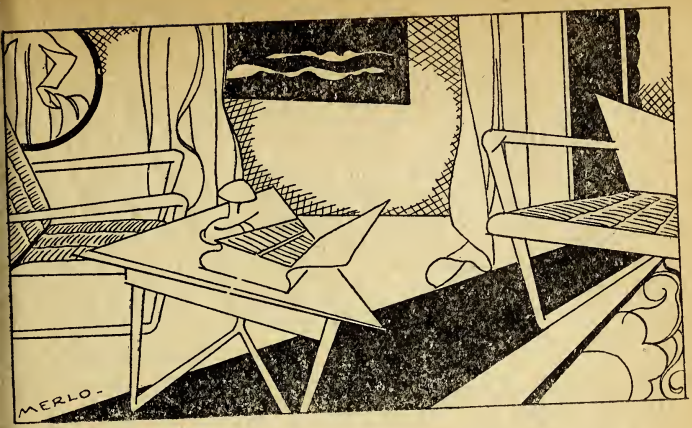
JAIME.—(*Imperturbable.*) Está bien claro. Cuentas, partidas, números..., ¡cuentas!

MARIANO.—Liquidaremos todas nuestras cuentas... ¡con pólvora!

JAIME.—No me conviene el procedimiento. Echa humo. (*Hace mutis flemáticamente. Mariano, estupefacto, no sabe qué decir ni qué hacer.*)

TELON

ACTO TERCERO



La misma decoración, de día, como en el acto primero.

En escena MARIANO *y* GERVASIA.

MARIANO.—(*En plena trifulca.*) ¿Cómo entraste en esta casa? ¡Vamos a ver! ¿Cómo entraste en esta casa?

GERVASIA.—Pero ¿a qué viene eso?

MARIANO.—Yo soy el amo y tú la criada. ¿No es así?

GERVASIA.—No, señor. ¡No es así!

MARIANO.—¿Cómo que no es así?

GERVASIA.—¡Como que no es!

MARIANO.—Pues tú dirás.

GERVASIA.—¡Vaya si digo! Usted es el amo. Conformes. En eso no hay duda. El amo.

MARIANO.—¿Y tú?

GERVASIA.—El ama.

MARIANO.—¿Cómo?

GERVASIA.—El ama de cría, pero el ama. El ama que cuando acabó de criar se quedó aquí; pero no sirviendo, no, señor.

MARIANO.—Mandando.

GERVASIA.—Mandando. ¿Y qué hubiera sido de usted y de su niña si al faltar la señora, aquella santa, no empiezo yo a mandar?

MARIANO.—No te niego tus buenas cualidades. En pago de ellas ¿tienes algo que reprocharme?

GERVASIA.—El que se quejaba era usted.

MARIANO.—Con sobra de razón. ¡Con sobra de razón, Gervasia! Porque, repito mi pregunta: ¿Cómo entraste en esta casa?

GERVASIA.—¡Dale!

MARIANO.—Abandonada por un hombre.

GERVASIA.—Y ahora se lo agradezco. Perra vida me esperaba si me llego a casar con semejante borrachín.

MARIANO.—Tu pequeñín se había muerto.

GERVASIA.—De vergüenza, el angelito, por tener un padre así.

MARIANO.—Los tuyos te habían echado de casa.

GERVASIA.—Y fué poco. Debieron matarme.

MARIANO.—Y aquí encontraste pan, hogar, consideraciones, cariño.

GERVASIA.—Sí, señor. Esa es la verdad.

MARIANO.—Hay más. Cuando yo enviudé tú eras joven y de muy buen ver.

GERVASIA.—(*Complacida.*) Favor que usted me hace.

MARIANO.—Eras una mujer fresca, guapa, limpia, pimpante...

GERVASIA.—(*Toda mieles.*) Pasadera, pasadera...

MARIANO.—Te quedaste en mi casa.

GERVASIA.—Por la niña, hija de mi alma. Tenía entonces dos años.

MARIANO.—Y supe respetarte.

GERVASIA.—Pero..., ¿de veras, señorito? ¿Tuvo usted algún mal pensamiento?

MARIANO.—No se trata de eso ahora.

GERVASIA.—Ahora claro que no.

MARIANO.—Se trata de recordarte lo que fué y lo que significa tu presencia en esta casa, para que comprendas el desengaño que habré sufrido al saber que la persona por quien hubiese yo metido las manos en la lumbre, la que parecía más fiel...

GERVASIA.—¡Como un perro!

MARIANO.—A los veintidós años de comer mi pan.

GERVASIA.—A los diez y nueve.

MARIANO.—A los veintidós

GERVASIA.—A los diez y nueve. La señorita se quita años y las paredes oyen.

MARIANO.—A los cuatro lustros y medio.

GERVASIA.—Eso es otra cosa.

MARIANO.—Haya servido de cómplice para que en ausencia

mía, y de noche, entre en mi casa un hombre que puede empañar la reputación de mi hija.

GERVASIA.—¡Anda morena! ¡Con lo que sale!

MARIANO.—Anoche.

GERVASIA.—Lo primero, que no era tarde, que no eran ni las diez; lo segundo, que la señorita es una señorita y sabe guardarse..., ¡como educada por mí!; lo tercero, que el señorito Jaime... conviene; y lo cuarto y principal que ahí, detrás de esa puerta... ¡estaba yo!

MARIANO.—(*Abandonando el tono de reprimenda.*) ¿Y oíste?

GERVASIA.—¡No, que no! Desde la primera palabra hasta la última.

MARIANO.—¿Fué larga la conversación?

GERVASIA.—Regular.

MARIANO.—¿Qué hablaron? ¿De qué trataron?

GERVASIA.—No lo puedo decir.

MARIANO.—¿A mí? ¿No me lo puedes decir a mí?

GERVASIA.—No, señor. Es un secreto profesional.

MARIANO.—Pero..., yo necesito saber. ¿No lo comprendes?

GERVASIA.—Pues, no será por mí.

MARIANO.—Lo exijo. ¡Lo mando!

GERVASIA.—¡Como si te bañaras!

MARIANO.—Gervasia, por favor te lo pido.

GERVASIA.—Cuacuam.

MARIANO.—¿Qué?

GERVASIA.—Cuacuam, o pas de tu, como dicen estos franchutes.

MARIANO.—Es que tengo derecho.

GERVASIA.—(*Rotunda.*) ¡Que nones!

MARIANO.—Está bien. Puesto que no hay manera de arrancarte nada, yo sabré lo que tengo que hacer. Vete.

GERVASIA.—Con una advertencia.

MARIANO.—¿Cuál?

GERVASIA.—De lo de anoche ni una palabra a su hija.

MARIANO.—Es cosa mía.

GERVASIA.—Yo sé por que le doy este consejo. Y más le digo: si le habla usted a su hija de lo de anoche..., todo lo echará usted a rodar.

MARIANO.—(*Después de pensarlo.*) Tú nos quieres bien, Gervasia.

GERVASIA.—A la señorita más que a las niñas de mis ojos.

MARIANO.—Creo que debo seguir tu consejo. Callaré.

GERVASIA.—Eso es ponerse en razón.

MARIANO.—Esto es rendirse. Déjame.

GERVASIA.—Una pregunta..., por curiosidad.

MARIANO.—¿Qué?

GERVASIA.—¿De veras tuvo usted algún mal pensamiento?

MARIANO.—No me acuerdo, mujer.

GERVASIA.—(*Al mutis, para sí.*) ¡Con el dineral que se gasta en ellas! ¿Por qué no volverá la juventud? (*Mutis.*)

MARIANO.—(*Solo.*) No le diré nada a mi hija. Pero es incomprensible, incomprensible.

(*Sale a escena DON JUANITO.*)

DON JUANITO.—(*Que viene abatidísimo y se deja caer en un sillón.*) Buenos días.

MARIANO.—¡Hola! Ya es hora de que se te vea.

DON JUANITO.—No he podido venir antes.

MARIANO.—¿Qué has averiguado? ¿Qué?

DON JUANITO.—Buenas noticias. ¡Ah, no! Malas noticias.

MARIANO.—Ponte de acuerdo.

DON JUANITO.—No sabemos nunca si una noticia es buena o mala. La vida es un soplo. La estocada no puede ser más profunda que la hoja que la produce. Tu hija es vidente. La mujer es nuestro enemigo..., y ¡yo no puedo más!

MARIANO.—Juanito, cada día amaneces más guillado. Voy a tener que encerrarte en un manicomio.

DON JUANITO.—¡Enciérrame! Y gruesos los barrotes de mi reja. ¡Y formidables los cerrojos de mi prisión! ¡Y complicada, irrompible, la cerradura! ¡Y arrojas la llave al fondo del mar!

MARIANO.—¡Como si lo viera! Todas esas pamplinas para acabar confesando que no has hecho ninguna indagación. ¡No sirves para nada, Juanito!

DON JUANITO.—¿Que si he averiguado? Todo, todo lo sé. Tu hija es vidente. Vidente como Casandra, hija de Príamo. Tú eres Príamo.

MARIANO.—¡Juanito!

DON JUANITO.—He averiguado. Jaime ha acompañado a tu amiguita en el hall, en el tennis, en el baño de mar, y después del baño de mar, en el baile, y después del baile, también parece que han jugado los dos.

MARIANO.—¿Estás seguro?

DON JUANITO.—Tu amiguita, si no te la ha pegado ya con Jaime, te la va a pegar de un momento a otro.

MARIANO.—¿Y cómo te explicas tú que al mismo tiempo Jaime le esté haciendo el amor a mi hija?

DON JUANITO.—Aunque parezca mentira... ¡Hay hombres que no tienen bastante con una mujer!

MARIANO.—Pero, ¡ese Jaime es un sinvergüenza!

DON JUANITO.—Tu hija es vidente.

MARIANO.—Mi hija es tonta.

DON JUANITO.—Tu amiga es frágil.

MARIANO.—Mira: eso no lo puedo creer. Anoche, cuando le pregunté si era cierto que Jaime la acompañaba y le dije que los había visto en el cabaret... no me lo negó. Y me dió una disculpa que yo debí aceptar. No la acepté porque estaba ofuscado Y tuve para la pobre palabras duras, violentas.

DON JUANITO.—¿Qué te dijo?

MARIANO.—Me dijo. "Me gusta nadar, jugar al tennis, bailar, distraerme, y puesto que tú no me acompañas, no dudé en aceptar la compañía del hijo de tu socio. Creí que era la única persona de quien tú no podías sospechar.

DON JUANITO.—No es tonta.

MARIANO.—Ya ves. Su inocencia está fuera de duda.

DON JUANITO.—¡Ay, mujeres! La que no nos engaña..., nos araña.

MARIANO.—¡Bah, bah! Tú estás chiflado y yo me he dejado llevar de un arrebato de celos. Aquí no ha pasado nada. Mi amiguita es inocente y mi hija una ingenua. ¿No sabes? Anoche mismo sorprendí a mi hija y a Jaime, aquí mismo, arrullándose como dos tórtolos. Por cierto que como venía irritado le dije a Jaime varias cosas inconvenientes. Y él, naturalmente, se puso a tono. Pero yo le daré cuantas satisfacciones exija. Y todo irá perfectamente. Me pedirá la mano de mi hija, los casaremos...

DON JUANITO.—¡Oh, loca fantasía!

MARIANO.—¿Lo dudas?

DON JUANITO.—La mujer hará siempre lo más absurdo, lo más imprevisto. Hará siempre "lo contrario". Fíjate en la mía. La dejé en el Sanatorio. Los médicos me dijeron que el tratamiento sería largo..., largo.

MARIANO.—Lo mismo me contestó a mí el médico-director: Se trata de un caso que irá tirando algún tiempo, pero que al fin... Debes ir haciéndote esa idea, Juanito.

DON JUANITO.—¿Sí, eh? Pues mira este telegrama. (*Saca uno.*) ¡Curada! Y me anuncia que se pone en camino. (*Lee.*) "Ansiosa

de tenerte entre mis brazos". (*Sin leer.*) ¿Tú sabes lo que significa esto?

MARIANO.—¡Que te va a estrangular!

(*Vuelve Gervasia.*)

GERVASIA.—A esa me la van ustedes a dejar a mí. Por de pronto, don Juanito se queda a vivir en casa..., y que venga aquí a buscarle.

MARIANO.—Por de pronto hay que evitar que salga del Sanatorio. Tu mujer no está curada. Este es un arrebato de los suyos.

DON JUANITO.—¡Eso digo yo!

MARIANO.—Le telegrafiaré "Su marido embarcado rumbo a Buenos Aires. Viaje de negocios importantísimo. Imposible regreso antes seis meses".

DON JUANITO.—¡Muy bien!

MARIANO.—Es una imprudencia que una mujer en su estado se meta en el tren. El trastorno, la fatiga de un trayecto tan largo. ¿Quién sabe lo que podría suceder?

DON JUANITO.—¿Crees tú que correríamos ese albur?

MARIANO.—Vamos, vamos a contestar al telegrama. Vamos en seguida. (*Mutis.*)

DON JUANITO.—(*Siguiendo a Mariano.*) Por si acaso lo pondremos urgente. (*Mutis.*)

GERVASIA.—¡Irá a venir esa fiera! ¡Permita Dios que..., hip, hip...

(*Sale la DONCELLA.*)

DONCELLA.—(*Con misterio.*) Chiss, chiss..., señora Gervasia.

GERVASIA.—¿Qué? Me has quitado el hipo con ese "Señora Gervasia" que me pone los nervios de punta. Ni señora Gervasia, ni chiss, chiss... En esta casa no hay misterios. ¡Qué más quisieras tú!

DONCELLA.—Que pueden oírla.

GERVASIA.—¡Que me oigan! ¿Qué pasa?

DONCELLA.—(*Con sigilo.*) El señorito Jaime, que está ahí.

GERVASIA.—¡Baja la voz condenada! (*En voz muy baja.*) En dónde está.

DONCELLA.—En la escalera de servicio. Me dijo que le avise a usted.

GERVASIA.—Pues dile que suba. Y tú te pones en la escalera principal. Y si ves que vienen el señor o don Juanito..., rompes a cantar "Ramona" con todas tus fuerzas.

DONCELLA.—Descuide usted. ¡Con lo que me gustan a mí estos lios!

GERVASIA.—¡Nati!

DONCELLA.—No se incomode, señora Gervasia. No se incomode... o no canto.

GERVASIA.—Anda. ¡Vivo!

DONCELLA.—Lo que usted mande, ama. Siempre lo que usted mande (*Mutis.*)

GERVASIA.—(*Sola.*) Al fin y al cabo es una buena chica.

(*Sale a escena JAIME seguido de la DONCELLA.*)

JAIME.—(*En traje de viaje, dándole a la Doncella un billete y un abrazo.*) Toma, monísima. (*El billete.*) Toma, preciosidad. (*El abrazo.*)

DONCELLA.—Gracias, señorito. (*A Gervasia.*) ¿Ha dicho usted que "Ramona?"

GERVASIA.—Sí, anda.

DONCELLA.—Es que también sé lo de "Madre, cómprame un negro"... (*Estas canciones populares pueden cambiarse por las que estén en boga en la época de la representación.*)

GERVASIA.—"Ramona". Ha de ser "Ramona". Anda. ¡Lista!

DONCELLA.—Estén tranquilos. (*Al mutis.*) ¡Ambición! ¡Me impulsa la ambición. (*Mutis.*)

JAIME.—(*En secreto.*) ¿Y aquello, Gervasia?

GERVASIA.—En el bolsillo la lleva.

JAIME.—¿Está usted segura de que es la misma?

GERVASIA.—¡Y tan segura! ¡No tiene otra!

JAIME.—Perfectamente. Ahora llame usted a la señorita.

GERVASIA.—¡Mire usted que a la señorita la quiero yo mucho!

JAIME.—Precisamente por eso he contado con usted, para evitar que su padre la lleve a la ruina.

GERVASIA.—Ya es bastante. Pero... ¿y después?

JAIME.—Después..., nada, Gervasia. Mi sacrificio es completamente desinteresado.

GERVASIA.—Habrá que creerlo. (*Al mutis.*) Le llama a eso sacrificio... Cada vez entiende una menos a los hombres. (*Mutis.*)

(*Un momento Jaime solo, impaciente.*)

(*Sale a escena LUISA seguida de GERVASIA.*)

GERVASIA.—Eso de si está bien o mal hecho se lo cuentas a él. Aquí le tienes.

JAIME.—¿Te disgusta que haya venido, Luisa?

LUISA.—No te lo voy a negar. Me disgusta. ¿Qué pensará cualquiera que te vea entrar y salir... por la escalera de servicio? Si mi padre te viera...

GERVASIA.—Por ese lado no tema. Nati está alerta y cantará si alguien viene. (*A Jaime.*) Ya lo sabe usted: en cuanto oiga "Ramona"..., la del humo.

JAIME.—No me hacía falta la consigna. Yo en cuanto oigo cantar "Ramona" escapo.

GERVASIA.—Bueno. Pues ahora... a despachar pronto. Yo me voy allá abajo. (*A Jaime.*) Le doy a usted esa prueba de confianza. (*Mutis.*)

LUISA.—¿Qué quieres, Jaime? ¿Qué significan todos estos misterios? Yo no puedo andar jugando al escondite, como debes comprender.

JAIME.—Mi presencia te desagrada. He llegado a ser odioso para tí.

LUISA.—No, no es eso. Interpretas mal mis palabras. Piensa un poco y verás como a una señorita estas visitas tuyas, clandestinas, no le hacen favor.

JAIME.—Es la última. Vengo a despedirme de ti.

LUISA.—(*Sorprendida.*) ¿Te vas?

JAIME.—Dentro de unos pocos minutos. Tengo el automóvil a la puerta del hotel.

LUISA.—Seriamente. ¿Te vas?

JAIME.—Seria o alegremente. ¡Qué sé yo! Triste o contento. ¡Qué sé yo! Lo cierto es que tengo el automóvil a la puerta del hotel.

LUISA.—No debía sorprenderme la noticia. El final tenía que ser este: que te fueras.

JAIME.—No podía ser otro.

LUISA.—Es tu amor propio el que te obliga a... desaparecer.

JAIME.—En parte, en parte; en mucha parte. Es peligroso provocar el amor propio de un hombre.

LUISA.—¿De modo que... has fracasado?

JAIME.—Todavía no lo sé.

LUISA.—¿Estamos en esas?

JAIME.—En esas estamos.

LUISA.—Y con el automóvil a la puerta del hotel.

JAIME.—A punto de partir.

LUISA.—(*Entre satisfecha y burlona.*) ¡Cuando yo te decía!... Desengáñate, Jaime, no eres un seductor. Simpático, mucho; inteligente, más. Y noble, y generoso. Un tesoro de buenas cua-

lidades. Pero seductor..., eso no. Yo lo juzgo desde mí misma. No ves la ocasión..., ¡no le dices nada a una! (*Reprimiéndose tomando un tono de más broma.*) Decididamente en ese terreno eres una nulidad. (*Se ríe un poco forzadamente.*)

JAIME.—(*Con aplomo concluyente.*) Me voy dentro de pocos minutos... y me llevo a esa mujer.

LUISA.—(*Estupefacta.*) ¡Ah!

JAIME.—(*Burlón.*) ¡Oh!

LUISA.—(*Que no se resigna.*) Habrás recurrido al único medio de rendir a una mujer de su condición.

JAIME.—Te equivocas. Ni dinero ni cosa que lo valga. Me sigue por mí..., por todo eso que tú me niegas.

LUISA.—¡Y se va!

JAIME.—En seguida.

LUISA.—Ilusionada.

JAIME.—Loquita por mí.

LUISA.—(*Rebelde.*) Hasta que no lo vea no lo creo.

JAIME.—Pues pronto lo vas a ver.

LUISA.—¿Pero cómo has podido convencerla?

JAIME.—¿Lo quieres saber?

LUISA.—Me gustaría..., por averiguar qué gracia oculta tienes... que yo no te he visto.

JAIME.—Júzga. Anoche, cuando me fuí de aquí, la encontré esperándome.

LUISA.—¿Te lo dijo?

JAIME.—No. No me lo dijo, pero lo comprendí. (*Con intención.*) Es inconfundible la mirada de la mujer que nos espera.

LUISA.—(*Hurtando la suya.*) Sigue.

JAIME.—Estaba furiosa, hermosa, le brillaban los ojazos...

LUISA.—Dos ascuas. Suprime las descripciones.

JAIME.—Mujer. Si lo más bonito son las descripciones.

LUISA.—Tengo bastante imaginación para que no sean necesarias. Puedes hablar concretamente, seguro de que a donde no lleguen tus palabras llegará mi imaginación.

JAIME.—Pues ve imaginando. Bebimos champagne.

LUISA.—(*Cada vez más celosa.*) Y bailasteis. Eso..., como si lo viera. Lo veo. Ella es de una desaprensión que ofende. Por supuesto; ¿qué se podía esperar?

JAIME.—Con todo, tu imaginación se ha quedado corta.

LUISA.—Es natural. Carezco de experiencia para componer mentalmente la escena del baile con todo su realismo.

JAIME.—En pleno realismo bebimos la segunda botella. Y nos salimos, hablando quedo, a la terraza del hotel.

LUISA.—¡Qué encanto de... señora!

JAIME.—La noche era serena y estrellada. En las rocas invisibles sonaba misteriosamente la eterna palpitación del mar.

LUISA.—(*Cortando ofendida.*) Eso es lo que se pone en las novelas cuando ya no es posible seguir.

JAIME.—Puedo seguir, Luisa.

LUISA.—(*Entre alegre e irónica.*) ¡Ah! Puedes seguir. ¡Pero si no acabarás nunca!

JAIME.—Ella había tenido con tu padre una escena borrascosa. Estuvo celoso, brutal..., ridículo.

LUISA.—¡Qué es mi padre!

JAIME.—Perdona. Pero lo tengo que decir como lo dijo ella, para que puedas juzgar. Ella me dijo que estaba harta del viejo, que no debía sacrificarle su juventud, que tenía ansias de libertad. Yo entonces la miré a los ojos, busqué su mano, y poniendo en la frase mucho calor, le dije: "Te quiero"... Como lo había ensayado aquí pocas horas antes, puedes creerme, me salió muy bien.

LUISA.—Basta. Ya me hago cargo. (*Con amargura.*) ¡Eres un buen cómico!

JAIME.—¡Era preciso, Luisa!

LUISA.—Sí, en eso habíamos quedado. Era preciso. (*Pausa, dominándose.*) Gracias. Has salvado a mi padre. ¡No importan los medios! Has salvado a mi padre, y con ello me has salvado a mí. (*Va a irse.*) Gracias, gracias. Y que esta aventura no sea desgraciada para ti.

JAIME.—Espera, Luisa. No he concluído.

LUISA.—¿Qué más me vas a decir?

JAIME.—Ya, muy poco. Como tu padre podía volver en cualquier momento; como no era cosa de ponerme en trance de pegarle un tiro... o de recibirlo; como a aquella hora no íbamos a ponernos a hacer las maletas y a buscar un automóvil, y como, en fin, no había abierto ningún banco de donde yo pudiera sacar fondos..., la convencí fácilmente de que era lo mejor separarnos. Y nos despedimos en la misma terraza del hotel..., después de haber convenido la escapatoria para hoy a las doce en punto. (*Consultando el reloj.*) Son las doce menos cuarto.

LUISA.—(*Con un rayo de esperanza.*) ¿Y no lo habrá pensado mejor? ¿No desistirá?

JAIME.—Ya nos hemos visto esta mañana. Su equipaje está en

el auto. Yo tendré que mandar el mío por ferrocarril. Y esperándome la tengo.

LUISA.—¡Cómo te vas a comprometer, Jaime!

JAIME.—¡Bah! No soy el primero con quien ella se escapa "apasionadamente". Conozco su historia. De sobra sabe ella que se trata de una aventura pasajera. Ahora tiene este capricho..., precisamente porque yo he sabido hacerla esperar, impacientarla. Las de su... género son casi todas así. Tú no las puedes comprender.

LUISA.—¡Claro que no! (*Interviene sin salir a escena la Doncella.*)

DONCELLA.—(*Dentro, cantando.*) Ramona..., tus labios finos de coral...

JAIME.—Ya canta esa.

LUISA.—Es que viene mi padre.

JAIME.—Y yo me voy. Adiós, Luisa. No olvides que obro así por tu bien.

LUISA.—No lo olvidaré, no.

JAIME.—Y que desde el primer momento tú me hiciste comprender que entre nosotros, fuera de la amistad, no podía haber nada.

LUISA.—(*A punto de estallar.*) ¿Por qué me recuerdas eso ahora? (*Le vuelve la espalda.*) Adiós... ¡Buena suerte!

DONCELLA.—(*Dentro, cantando más fuerte.*) Ramona, Ramona...

JAIME.—(*Después de contemplar a Luisa un momento.*) Adiós. (*Mutis.*)

LUISA.—(*Al quedarse sola.*) ¡Se va... con ella! Permita Dios que en una curva... (*Se corta la frase tapándose la boca.*) ¡Jesús! ¿Qué he dicho? ¿Qué he pensado? ¡No, Dios mío!... ¡Que no les pase nada! (*Con desolación.*) ¡Si de todas maneras ya no tiene remedio!... (*Vuelve a escena Don Juanito.*)

DON JUANITO.—Luisa, estaba deseando verla a usted.

LUISA.—(*Con un humor de todos los diablos.*) ¿Por qué? ¿Para qué.

DON JUANITO.—Para decirle que sus facultades de vidente están comprobadas de un modo irrefutable. ¡Ve usted el porvenir, Luisa!

LUISA.—(*Asustada.*) ¡No!

DON JUANITO.—No vale negarlo.

LUISA.—Es usted un cándido, don Juanito.

DON JUANITO.—¿Cómo?

LUISA.—Un iluso, un chiflado, un ignorante. Todo lo que le dije a usted el otro día... y siempre, era pura comedia. Pura comedia para que me descubriera usted el estado del negocio de mi padre... y de su extravío. De otro modo, por una fidelidad mal entendida, no habría usted hablado nunca. Le engañé a usted, don Juanito. ¡Es usted un... canelo!

DON JUANITO.—¡Canelo! Es inaudito. Repórtese, Luisa.

LUISA.—Usted ha leído cuatro libros que no entiende y no hace usted más que tonterías.

DON JUANITO.—De modo que todo aquello de verse usted empeñando sus mantones...

LUISA.—Chufla. Camelancia.

DON JUANITO.—Pues ella ha telegrafiado que viene.

LUISA.—¡Que sea enhorabuena!

DON JUANITO.—Es una predicción confirmada por los hechos. Y en cuanto a sus maldiciones, se cumplen...

LUISA.—¡Eso tampoco es verdad! ¡Eso tampoco quiero que sea verdad!

DON JUANITO.—Aunque usted no quiera. ¡Oh! He aquí una prueba de independencia, de disparidad del subconsciente. Disociación. En mi libro yo llamo a esto "La contradicción del yo y el ello, o sea la antítesis psicodinámica de la personalidad". (*Recitando.*) "La señorita N. N., cuyas facultades de vidente hemos examinado en los capítulos anteriores..."

LUISA.—De modo que usted insiste en que mis maldiciones se cumplen.

DON JUANITO.—Es que no son maldiciones. Son profecías.

LUISA.—¿Ah, sí?... Pues permita Dios que su amantísima señora se presente en el primer tren..., tan dulce y tan cariñosa y tan... acariciadora como siempre.

DON JUANITO.—¡Luisa! No se ponga usted así conmigo. Recuerde que la he visto nacer, que la he tenido en mis rodillas...

LUISA.—Y que me enseñó usted a jugar a las damas. ¡Quítese de mi vista, don Juanito!

(*Vuelve GERVASIA.*)

GERVASIA.—¿Qué sucede aquí?

LUISA—(*A don Juanito.*) ¡Quítese de mi vista!

DON JUANITO.—Pero, Luisa...

GERVASIA.—Váyase usted, don Juanito.

DON JUANITO.—Permítame, Gervasia.

GERVASIA.—No permito nada. Lo manda mi señorita. ¡Lárguese!

DON JUANITO.—Bueno, bueno. (*Al mutis.*) Cuando una mujer se pone así..., a mí que no me digan..., ¡ni el Cid Campeador! (*Mutis.*)

GERVASIA.—¿Qué tienes, Luisa?

LUISA.—Jaime..., ¿le has visto salir?

GERVASIA.—Sí. Iba muy contento. Me ha dicho: "Hasta la vista, Gervasia".

LUISA.—¡Iba muy contento!... ¡Claro! ¡Contentísimo iría! ¡Viaje de recreo!

GERVASIA.—¿Se va de viaje?

LUISA.—Con... esa mujer.

GERVASIA.—¡Anda, morena!

LUISA.—La ha encaprichado, la ha fascinado, la tiene loquita por él

GERVASIA.—No me extraña

LUISA.—¡Y se la lleva!

GERVASIA.—¿Cuándo?

LUISA.—Ahora mismo, a las doce.

GERVASIA.—¡A las doce del día! Para que se aperciba tu padre y... ¡toma! ¡Ah, sí! Ahora caigo. ¡Es un hombre estupendo!

LUISA.—¡Estupendo!

GERVASIA.—¡Luisa!

LUISA.—¡Ay, Gervasia! ¿Qué he hecho yo? ¿Qué he dicho yo.... ¡Yo soy una Casandra!

GERVASIA.—¿Qué has de ser tú, hija mía?

LUISA.—¡Mis maldiciones se cumplen! ¡Veo el porvenir! El se cae en el hoyo de la playa y se quema con la cerilla; tú tienes hipo; la mujer de don Juanito viene... Todo sucede como yo he anunciado. (*Mira el reloj.*) ¡Ah, ya han pasado las doce! Ya han marchado. ¡Los estoy viendo! El automóvil corre, corre carretera adelante a sesenta, a noventa, a ciento... ¡La curva! El chófer no ve la curva... ¡Ya está! Una, dos, tres, cuatro, cinco vueltas de campana en el abismo... Saltan brazos, piernas, cráneos. El motor se incendia... ¡Todo acabó!

(*Vuelve JAIME.*)

JAIME.—Todo acabó.

LUISA.—(*En una explosión de alegría espontánea.*) ¡Jaime! (*Dominándose.*) ¡Ah! No te has ido.

JAIME.—Ya está hecho todo lo que yo me proponía hacer.

LUISA.—¡En tan poco tiempo!

JAIME.—Sí. Felicítame.

LUISA.—¿Yo?... Es decir, no puedo explicarme.

GERVASIA.—A tu puesto, Gervasia. (*Mutis.*)

JAIME.—Todo ha salido como yo pensaba. ¡Soy más listo de lo que yo mismo me creía! ¡Soy prodigioso!

LUISA.—Pero... ¿Qué ha pasado?

JAIME.—¡Atención! Llego al hotel. El auto está en la puerta.

LUISA.—Ya lo dijiste.

JAIME.—Y en el auto ella.

LUISA.—¡Qué monada!

JAIME.—Le digo que me espere un momento porque voy a pagar mi cuenta, y entro en el hotel.

LUISA.—Y pagas. No me atormentes con detalles sin valor.

JAIME.—No pago. Me voy al teléfono y pido comunicación con el despacho de tu padre. Ya está. Exijo que se ponga él mismo al aparato. Como ves, todo va sucediendo a pedir de boca. Porque si tu padre no llega a estar en casa me estropea la combinación.

LUISA.—¡Por favor, Jaime!

JAIME.—Se pone tu padre al aparato. "Alló, ¿quién habla? —Aquí, Ricardo Uria. —No es por teléfono como nosotros tenemos que hablar. —Sólo dos palabras, don Mariano. Si quiere usted despedirse de su amiguita, venga al hotel. Le esperamos para decirle adiós hasta las doce en punto. A las doce en punto partimos... ¡Somos muy felices!"

LUISA.—¡Qué provocación!

JAIME.—Faltaban tres minutos para las doce. Los que se invierten para ir de aquí al hotel. Lo tenía yo todo calculado.

LUISA.—Ya han pasado los tres minutos. Sigue.

JAIME.—Volví al automóvil. Ella estaba impaciente. Muy hermosa. Le brillaban los ojos...

LUISA.—No te consiento otro retrato. ¡Eso, no!

JAIME.—Las doce. No veo llegar a tu padre y temo que fracase mi plan. Le digo al chófer: "Vamos", pero el chófer, aleccionado por mí, finge que no puede poner el motor en marcha. Esto se simula fácilmente pisando la puesta sin haber dado el contacto.

LUISA.—¡Que no puedo más!

JAIME.—El chófer, pues, sabe que no debe arrancar, y dice: "Está inundado el carburador." Y echa pie a tierra, levanta el capot y empieza a hacer como quien desarma el carburador.

LUISA.—Y ella se da cuenta de la broma, salta del coche y te manda al cuerno.

JAIME.—Nada de eso. Yo me cuidé de entretenerla "murmurando a su oido dulces palabras".

LUISA.—O acabas o me voy.

JAIME.—Hasta que vi venir a tu padre sofocado, presuroso, iracundo. Le salí al paso, le esperé serenamente y le dije: "No venga usted en plan de riña. No me asusta usted. Ella me acompaña voluntaria y libremente. Esto es todo". Tu padre, entonces, ciego de furor, saca su pistola y apunta al corazón de la mujer. Yo me interpongo y exclamo: "A ella no. Máteme usted a mí" Tu padre (*Imitando la acción.*) oprime el gatillo..., pero el tiro no sale. Si no llego a tomar la precaución de quitarle los muelles a la pistola me acribilla.

GERVASIA.—(*Dentro. Una carcajada sonora. Sale a escena.*) ¡Eso es muy gracioso, muy gracioso! (*Retorciéndose de risa.*) Para eso me pidió que le quitase a tu padre la pistola y se la diera e él un momento. ¡Para dejarla inservible!

LUISA.—(*Severa.*) ¡Gervasia!

GERVASIA.—Y yo lo hice con gusto. ¡Como que hemos evitado una perdición!

LUISA.—Pero la situación de mi padre es grotesca, y no tolero que nadie se burle de él. ¡Nadie!

GERVASIA.—¡Y estás en tu lugar! (*A Jaime.*) Mírela usted, señorito. Yo la he criado. Estoy orgullosa. ¡Es una mujer! (*Mutis.*)

LUISA.—(*Seria.*) Si no te molesta, dime el final.

JAIME.—Me he quedado mirando a tu padre y le he dicho: "¡Pero, hombre! ¿Hubiera usted sido capaz de matar al hijo de su mejor amigo por esta mujer? No me la llevo, no. No he pensado nunca en llevármela. Sólo me proponía demostrarle a usted que no debe causar su ruina, su deshonor..., su crimen, una pobre chica de tan sensible corazón que se va con el primero que le gusta." Esto le hizo a tu padre más daño que si a sus disparos fallidos contestara yo con otros eficaces. En mis brazos le sostuve al buen amigo derrotado.

LUISA.—¡Pobre papá!

JAIME.—No podía salvarle sin causarle dolor.

LUISA.—Era inevitable. Gracias, Jaime. ¡Con toda mi alma te lo agradezco!

JAIME.—Ya es bastante premio tu gratitud.

LUISA.—Bueno. Pero a todo esto, ¿qué ha sido de ella?

JAIME.—En el primer momento, ya lo puedes suponer... Me

insultó, pero yo me acerqué sonriente, versallesco, y le dije: "Señorita, un episodio más de su vida extraordinaria. Para que no lo recuerde usted con disgusto, acepte este pequeño obsequio". Y le ofrecí una cajita de bombones.

LUISA.—Te los tiraría.

JAIME.—Diciéndole en voz baja: "Contiene cien mil francos." Ya ves, a última hora he tenido que recurrir al dinero.

LUISA.—¿Lo tomó?

JAIME.—Abrió la cajita para asegurarse y contó con la facilidad de un croupier los billetes. En seguida, versallesca a su vez, me preguntó: "Puedo disponer del coche." "El viaje hasta París está pagado, señorita." Me obsequió con una de sus sonrisas más hechiceras y, "au revoir", partió saludándome con la mano.

LUISA.—¡Te admiro, Jaime!

JAIME.—El mérito, si lo hay, es tuyo, Luisa. Todo ha salido bien porque yo anoche aprendí la lección. (*Haciendo lo que dice.*) Primero, mirar al fondo de los ojos, después buscarle la mano y luego decir... con toda el alma... ¡Te quiero!

LUISA.—¡Y yo a ti! (*Se abrazan.*)

TELON

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

EDITORIAL ESTAMPA-PASEO DE SAN VICENTE, 18 MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

NUMEROS PUBLICADOS:

1.—**La caraba**, de Muñoz Seca y Perez Fernández.
2.—**Mi mujer es un gran hombre**, de Cadenas y G.-Roig.
3.—**La villana**, de Romero y Fernández Shaw.
4.—**La aventurera**, de José Tellaeche.
5.—**La cuestión es pasar el rato**, de los hermanos Quintero.
6.—**Atocha**, de Federico Oliver.
7.—**¡Mal año de lobos!**, de Manuel Linares Rivas.
8.—**María del Mar**, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9.—**La del soto del Parral**, de Sevilla y Carreño.
10.—**La sopa boba**, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11.—**Los lagarteranos**, de Luis de Vargas.
12.—**Me casó mi madre...**, de Carlos Arniches.
13.—**¡Escápate conmigo...!**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14.—**Calamar**, de Pedro Muñoz Seca.
15.—**Las alondras**, de Romero y Fernández Shaw.
16.—**El anticuario de Antón Martín**, de Antonio Paso.
17.—**Cancionera**, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18.—**El gato con botas**, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19.—**Vía Crucis**, de L. F. Ardavín.
20.—**Su mano derecha**, de H. Maura.
21.—**Entre desconocidos**, de Rafael López de Haro.
22.—**La Manola del Portillo**, de Carrere y Pacheco.
23.—**Doña María la Brava**, de Eduardo Marquina.
24.—**La chula de Pontevedra**, de Paradas y Jiménez.
25.—**La última novela**, de Manuel Linares Rivas.
26.—**La noche iluminada**, de Jacinto Benavente.
27.—**¡Usted es Ortiz!**, de Pedro Muñoz Seca.
28.—**Tú serás mío**, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29.—**La petenera**, de Serrano Anguita y Góngora.
30.—**El último romántico**, de José Tellaeche.
31.—**La mala uva**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32.—**La casa de los pingos**, de Paso y Estremera.
33.—**La marchenera**, de R. González del Toro y F. Luque.
34.—**El que no puede amar**, de Alejandro Mac-Kinley.
35.—**La muralla de oro**, de H. Maura.
36.—**La parranda**, de Luis Fernández Ardavín.
37.—**El demonio fué antes ángel**, de Jacinto Benavente.
38.—**La morería**, de Romero y F. Shaw.
39.—**La cura**, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40.—**El señor de Pigmalión**, de Jacinto Grau.
41.—**Y va de cuento**, de J. Benavente.
42.—**Hernani**, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43.—**No hay dificultad y Cristobalón**, de Linares Rivas.
44.—**La capitana**, de Sevilla y Carreño.
45.—**Mi padre no es formal**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46.—**¡Bendita seas!**, de A. Novión.
47.—**¡Pare usté la jaca, amigo!**, de Ramos de Castro.
48.—**El buen camino**, de H. Maura.
49.—**El tío Quico**, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50.—**¡Por el nombre!**, de Federico Santander y José María Vela. **La más fuerte**, de Augusto Strindberg.

51.—Mademoiselle Nana, de Pilar Millán Astray.
52.—Mariana Pineda, de Federico García Lorca.
53.—El cadáver viviente, de L. Tolstoi
54.—El deseo, de Luis F. Ardavín.
55.—Cuento de amor, de Jacinto Benavente, y Sonata, de Viu.
56.—¡Más que Paulino...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57.—Un alto en el camino, de El Pastor Poeta.
58.—Cuerdo amor, amo y señor, de Avelino Artís.
59.—¡No quiero, no quiero!..., de Jacinto Benavente.
60.—La atropellaplatos, de Paso y Estremera.
61.—El burlador de Sevilla, de Francisco Villaespesa.
62.—Las adelfas, de Manuel y Antonio Machado.
63.—Lola y Lolo, de José Fernández del Villar.
64.—El automóvil del rey, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65.—Mi hermana Genoveva, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66.—Raquel y el náufrago, de Honorio Maura.
67.—La maja, de Luis F. Ardavín.
68.—El rosal de las tres rosas, de Manuel Linares Rivas.
69.—La tatarabuela, de Cadenas y González del Castillo.
70.—El último lord, de Hugo Falena.
71.—Cuento de hadas, de H. Maura.
72.—¡Un millón!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73.—Oro molido, de Federico Oliver.
74.—De la Habana ha venido un barco..., de Paso y Estremera.
75.—Las hilanderas, de F. Oliver.
76.—Hilos de araña, de Manuel Linares Rivas.
77.—¡Mira qué bonita era...!, de Francisco Ramos de Castro.
78.—Cuento de aldea, de Luis Fernández Ardavín.
79.—Una mano suave, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80.—¿Quién te quiere a ti?, de Luis de Vargas.
81.—¡Al escampío!, de El P. Poeta.
82.—Lo imprevisto, de F. de Viu.
83.—El club de los chiflados, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84.—La santa, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85.—Los claveles, de Sevilla y Carreño.
86.—El solar de mediacapa, de Carlos Arniches.
87.—El sofá, la radio, el peque y la hija de Palomeque, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88.—El rosario, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89.—La dama del antifaz, de Charles Meré, traducción de C. de Castro.
90.—Noche de cabaret, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91.—La prisionera, de Bourdet, traducción de Cadenas y G. Roig.
92.—Una farsa en el castillo, de Molnar, traducción de Lepina.
93.—¿Qué tienes en la mirada?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94.—Pepa Doncel, de J. Benavente.
95.—El fantasma de Canterville, de Oscar Wilde.
96.—La casa de la troya, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97.—La niña de plata, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98.—Napoleón en la luna, de Navarro y Sáez.
99.—Adán y Eva, de Pilar Millán Astray.
100.—La dama del mar, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101.—Romance, adaptación española de A. Fernández Lepina.
102.—El Abolengo, de Manuel Linares Rivas, y Dúo, de Paulino Masip.
103.—Amo a una actriz, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104.—Para el cielo y los altares, de Jacinto Benavente.
105.—Don Floripondio, de Luis de Vargas.
106.—El cardenal, de Luis N. Parker, adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108.—La araña de oro, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109.—La Loba, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110.—¡Atrévete, Susana!, de Ladislao Fodor. traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
111.—El difunto era mayor, de Luis Manzano Mancebo.

112.—**Han matado a don Juan**, de Federico Oliver.
113.—**Sixto Sexto**, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
114.—**La Lola se va a los puertos...**, de M. y A. Machado.
115.—**¡Maldita sea mi caral**, de Magda Donato y Antonio Paso.
116.—**Lo que Dios dispone**, de Muñoz Seca.
117.—**Para ti es el mundo**, de Carlos Arniches.
118.—**Oriente y Occidente**, de W. Somerset Maugham.
119.—**Estudiantes y Modistillas**, de Antonio Casero.
120.—**Volpone**, de Ben Jonson.
121.—**El alfiler**, de Pedro Muñoz Seca.
122.—**Ser o no ser**, de Rafael López de Haro.
123.—**María Victoria**, de Manuel Linares Rivas.
124.—**El gato y el canario**, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125.—**La aventura de Irene**, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126.—**¿Qué da usted por el Conde?**, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
127.—**Maya**, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128.—**El negro que tenía el alma blanca**, de Insúa y Oliver.
129.—**Ella o el diablo**, de Rafael López de Haro.
130.—**El Cuatrigémino**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131.—**Los Tres Mosqueteros**, de Ardavín y Valentín de Pedro.
132.—**Cuando empieza la vida**, de Linares Rivas.
133.—**¡La condesa está triste!...**, de Carlos Arniches.
134.—**Manos de plata**, de Francisco Serrano Anguita.
135.—**De cuarenta para arriba...**, de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136.—**Fabiola o los Mártires cristianos**, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
137.—**Pelelos**, de Francisco de Viu.
138.—**Anfisa**, de Leónidas Andreiev.
139.—**El protagonista de la virtud**, de Manuel D. Benavides.
140.—**El ruiseñor de la huerta**, de El Pastor Poeta.
141.—**¡Contente, Clemente!**, de Antonio Paso.
142.—**El alma de la aldea**, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143.—**El millonario y la bailarina**, de Pilar Millán Astray.
144.—**La hija de Juan Simón**, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145.—**El condenado por desconfiado**, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
146.—**La educación de los padres**, de José Fernández del Villar.
147.—**La mala memoria**, de Abati y y García Alvarez, y **La cizaña**, de Linares Rivas.
148.—**La rosa del azafrán**, de Romero y Fernández Shaw.
149.—**Shanghay**, de John Colton, traducción de A. Mori.
150.—**Satanelo**, de Pedro Muñoz Seca.
151.—**Casanova**, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
152.—**Seis pesetas**, de Luis de Vargas.
153.—**La sombra**, de Darío Niccodemi.
154.—**Los pollos "cañón"**, de José Fernández del Villar.
155.—**La mar y sus peces**, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156.—**La mujer desnuda**, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157.—**La Cárcel Modelo**, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158.—**Trianerías**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159.—**El séptimo cielo**, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160.—**Olimpia**, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
161.—**Papá Gutiérrez**, de Francisco Serrano Anguita.
162.—**El crimen de Juan Anderson**, de Annie Wisse, adaptación de G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163.—**"K-29"**, de López de Haro y Gómez de Miguel.
164.—**La espada del hidalgo**, de Luis Fernández Ardavín.
165.—**Don Esperpento**, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166.—**La danzarina roja**, de Charles-Henry Hirsch, traducción de Lepina y Burgas.
167.—**Siegfried**, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168.—**La calle**, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.

169.—El tonto más tonto de todos los tontos, de Antonio Paso y Tomás Borrás.
170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.
171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172.—¡Cásate con mi mujer!, de Ladislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.
173.—Me lo daba el corazón, de Honorio Maura.
174.—La vieja rica, de Fernández del Villar.
175.—Pirueta, de Fernando de la Milla.
176.—La Maricastaña, de Felipe Sassone.
177.—¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!, de Ramos de Castro y Carreño.
178.—El señor Badanas, de Arniches.
179.—La condesita y su bailarín, de Honorio Maura.
180.—Monte de abrojos, de José Castelfòn.
181.—Adán, o el drama empieza mañana, de Felipe Sassone.
182.—Los Chamarileros, de Arniches, Abati y Lucio.
183.—El alma de Corcho, de Muñoz Seca y Pérez Fernandez.
184.—Han cerrado el portal, de Ardavín.
185.—Tierra en los ojos, de Serrano Anguita.
186.—El hombre que se deja querer, de Bernard Shaw.
187.—Tómame en serio, de A. Paso.
188.—La noche loca, de H. Maura.
189.—Mari-Bel, de Rafael Coello de Portugal.
190.—El cuento del lobo, de Molnar.
191.—Proa al sol, de Angel Lázaro.
192.—El Padre Alcalde, de Muñoz Seca.
193.—La prima Fernanda, de Manuel y Antonio Machado.
194.—Los amores de la Nati, de Pilar Millán Astray.
195.—Doña Herodes, de A. Paso.
196.—Margarita, Armando y su padre, de Enrique Jardiel Poncela.
197.—La de los claveles dobles, de Luis de Vargas.
198.—La Guapa, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
199.—La Academia, de García Alvarez y Muñoz Seca.
200.—Di que eres tú, de Antonio Paso y Juan Chacón.
201.—Mi casa es un infierno, de José Fernández del Villar.
202.—La reina castiza, de don Ramón del Valle-Inclán.
203.—¡Que trabaje Rita!, de Antonio Estremera y R. García Valdés.
204.—¡No seas embustera!, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Révèsz.
205.—Las pobrecitas mujeres, de Luis de Vargas.
206.—El perro del hortelano, de Lope de Vega, refundición de Manuel y Antonio Machado.
207.—¡Un momento!, de F. Sassone.
208.—Las doctoras, de Eduardo Haro.
209.—Los Reyes Católicos, de José Fernández del Villar.
210.—La niña de la bola, de Leandro Navarro.
211.—El tío catorce, de Pedro Pérez Fernández.
212.—Una conquista difícil, de Rafael López de Haro.

La mejor obra de

NOVELA

RAFAEL LOPEZ DE HARO

YO HE SIDO CASADA...

Editorial Estampa
Paseo de San Vicente, 18
Madrid

Precio: 5 pesetas

LA FARSA

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9-MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID